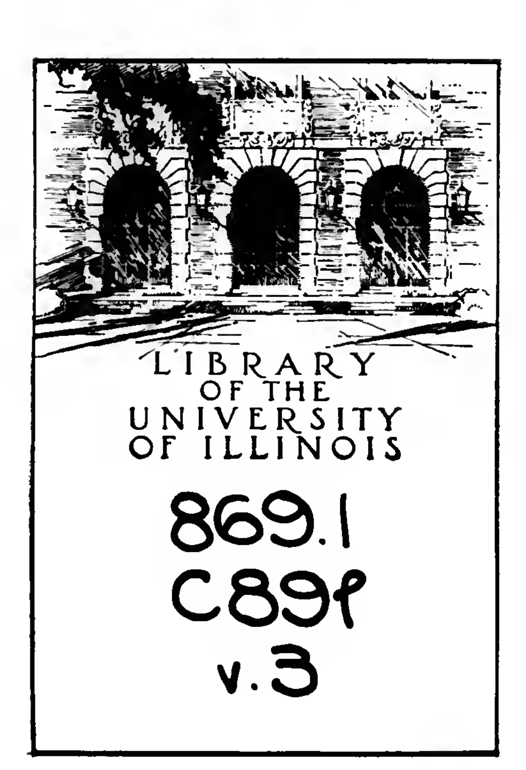
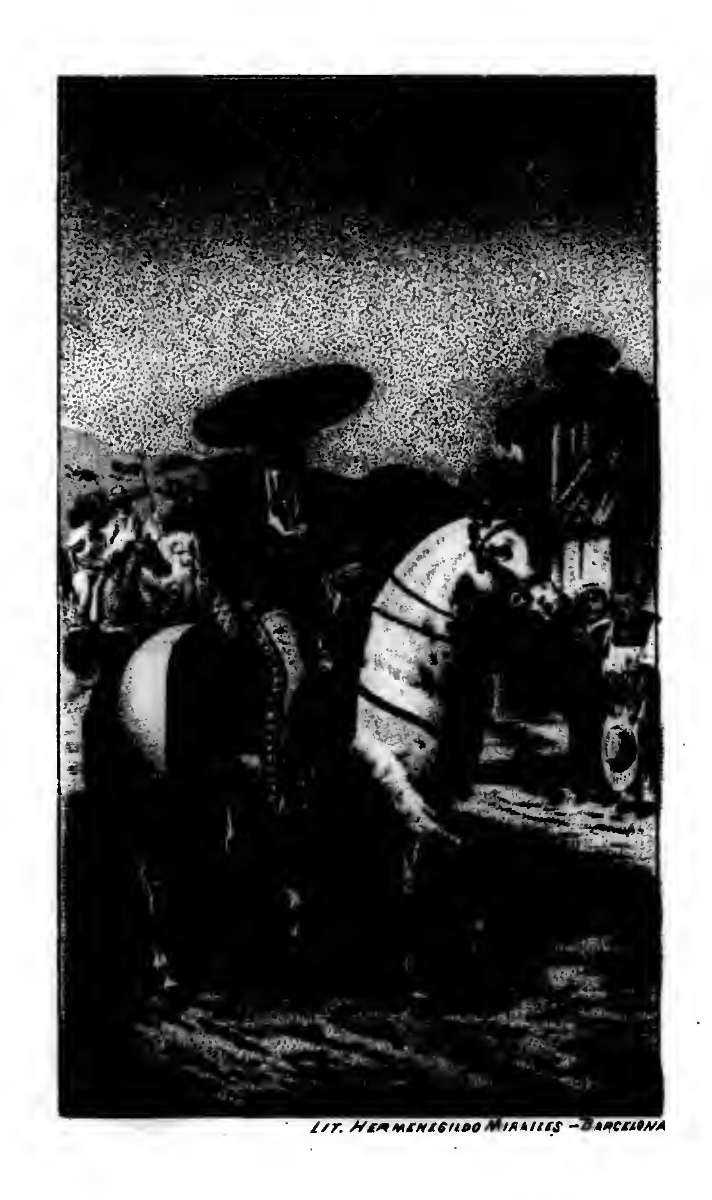

869.1
C89l
v.3



LA
LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA

TOMO III



El Cº Coronel Jacobo Baca.

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS DE COSTUMBRES MEXICANAS

artículos y poesías de

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

Ilustradas con grabados y cromolitografías.

TOMO III

BARCELONA

TIPO-LITOGRAFÍA DE HERMENEGILDO MIRALLES

59 — BAILÉN — 59

1890

LA LINTERNA MAGICA
SEGUNDA ÉPOCA

ENSALADA DE POLLOS

NOVELA DE ESTOS TIEMPOS QUE CORREN

(1871)

TOMADA DEL CARNET DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

TOMO II

TERCERA EDICIÓN
ilustrada con magníficos grabados y cromos, dibujados por **Villasana**

> Los muchachos del ilustrado siglo XIX, dije para mí, llegan á viejos sin haber sido nunca jóvenes.
>
> *Fígaro.*



BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE HERMENEGILDO MIRALLES
59 — BAILÉN — 59
1890



ENSALADA DE POLLOS

CAPÍTULO I

Entrada de Concha en el gran mundo.

La casa de Concha no tardó en ser lo que se llama un relicario: nada faltaba allí de cuanto puede pedir el refinamiento y el lujo, al grado de que Concha al hablar de su casa decía:

—No hay ojos con que verla.

Arturo fué mas previsivo de lo que se puede pedir á un pollo.

Lo decimos, porque después de haber llenado todos los requisitos que pudieran hacer de la casa de Concha un departamento confortable, puso al servicio de esta una aya francesa.

Madama Luisa estaba encargada de instruir á Concha en los cien mil detalles que tiene obligación de consultar una mujer á la moda.

Concha saboreaba voluptuosidades desconocidas que la encantaban, como el uso del cold-cream y del polvo de arroz aromatizado, de la esponja y del jabón de Pivert; en suma, la atmósfera de perfumes en que vivía envuelta, la embriagaba.

Madama Luisa traía de París las últimas novedades del confort, y con una solicitud esquisita y verdaderamente parisiense iba haciendo de la hija de Jacobo una señorita de gran tono.

Concha, por otra parte, tenía la in-

tuición de lo bello y era naturalmente observativa, de manera que no había objeto que la rodeara que no hubiera sido motivo de su exámen y de su contemplación.

Arturo estaba fuera de sí y positivamente enamorado de Concha: se gozaba en su obra y había tomado tan á pechos la erección del ídolo que él mismo había dorado, que empezó por volverse susceptible y hasta celoso, al grado que muchos pollos, amigos suyos, ignoraban el nuevo enlace de su amigo y lo echaban de menos frecuentemente en sus reuniones favoritas.

Este retraimiento le proporcionó á Concha adelantar considerablemente en su aprendizaje, tanto que en concepto de Madama Luisa poco tardaría Concha en estar presentable.

Pero no era así naturalmente, porque los vicios de la primera educación

dificilmente se corrijen; no obstante, Concha podía pasar ya como una bonita apariencia.

A los pocos días de retiro, á Arturo empezaban á parecerle las horas casi del tamaño natural, cosa que al mismo pollo le sorprendió, supuesto que las de los primeros días le habian parecido un soplo; esto unido á las bromas de sus amigos por su retraimiento, lo decidieron á tomar otro partido.

—Arturo, le decía un día un pollo, conque te casaste!

—No soy tan bárbaro, ese suicidio me parece del peor género.

—Entonces......

—Si lo dices por Concha......

—Precisamente.

—Que quieres, un golpe de fortuna, de esto no hay todos los días.

—Y vas á lucirla?

—Mira...... todavía no me decido,

aunque al principio te confieso que pensé en el secreto riguroso.

—¡Oh! eso del secreto es fatal, es una vida llena de privaciones, ya verás como te cansas.

—Ya lo estoy viendo, pero temo...

—¿Qué temes? vaya un calavera tímido! si la chica vale tanto como dices, vale la pena de darla á luz y sobre todo de que le formes círculo, de que des algunos tées para los amigos; cuenta conmigo, Arturo, ya sabes que no me escandalizo de nada y sobre todo sé respetar las propiedades. ¿Qué dices?

—Estaba pensando ya en sacarla: la pobrecita ha tenido una vida de privaciones.

—¡Ah! pues es justo que se divierta.

—Anoche fuimos por primera vez á Fulcheri.

—¿Tú eras? ta, ta, ta.........

—¿Cómo lo supiste?

—Me dijo Ruíz que había visto á una linda jóven y á su amante acariciarse en el gabinete azul. Te vieron en los espejos, chico, ¡qué chasco te has llevado!

—¿Es posible?

—Exacto.

—Solo en los espejos; porque el gabinete azul estuvo solo.

—Vamos, eso no tiene mucha gracia, hoy ya lo sabrá la *chorcha.*

Esta palabra pertenece al caló del pollo y quiere decir reunión, pandilla ó círculo de amigos.

—Debías llevarla al teatro, continuó el amigo de Arturo, como para sacarlo de su embarazo por lo de los espejos.

—Sí; el domingo vamos, tienes razón.

—Domingo en la tarde por supuesto.

—Se entiende, todavía no me atrevo á llevarla de noche, sabes que van

mis primas y todos los de mi familia, mientras que por la tarde las cocineras todas son unas.

—Bueno, chico, te felicito y es necesario que cuanto antes me presentes.

—El domingo.

—Bueno.

—Pues hasta el domingo.

—Adios.

Diremos algo acerca del interlocutor de Arturo: era un pollo que se llamaba Pío Blanco y que pertenecia legítimamente á la raza de pollos tempraneros.

Tenía quince años y era por naturaleza disipado y ocioso; sabia beber, fumar y blasfemar, triple ciencia que lo privaba de saber otras cosas á pesar de los esfuerzos de su padre por hacerlo hombre de provecho.

Pío Blanco había crecido mimado, al grado de que sus padres confesaban con un candor sin límites, que se habían

declarado insuficientes para sugetar á Pío.

Este pollo había pasado revista en muchas escuelas, porque á los quince días de permanecer en un establecimiento, ya tenía el suficiente caudal de embustes para desprestigiar al director y bien una riña ó alguna maldad de trascendencia, decidían su pase á nuevo colegio.

Así corrió de seca en meca, hasta parar en el colegio militar, de donde fué dado de baja por faltas de subordinación.

Esta última salida lo puso en posición de declararse vago con cargo á los fondos de su papá, el señor Blanco, quien acababa de ganar un pleito, separándose de su mujer, que por fortuna no era la mamá de Pío.

Con el talisman del dinero, Blanco, padre, se alegró al grado de apurarle

menos el porvenir de Pío, á quien quería tanto.

Pío, al gastar el dinero de su padre, no le pesó su conducta anterior, y Blanco padre é hijo, se apañalaron cariñosamente en el regazo de la fortuna.

No hizo mas Pío Blanco que emplumar lujosamente en manos del sastre, y tomar un aire de superioridad y de abandono que hacían de él el pollo más magistralmente resuelto que se conoce.

Pío Blanco, pobre, solía tener mesura y encogimiento; pero Pío con guantes, dió suelta á su lengua, pareciéndole que ya no tenía por que callar: los libros fueron para él un abismo de letras donde no osaba penetrar jamás su perezosa imaginación: en cuanto á religión, apenas dijo al acaso soy liberal, se creyó dispensado de tener creencias, se avergonzó de haber oido misa alguna vez, y para sancionar este acto de de-

bilidad de su catolicismo, aprendió de memoria algunas frases de un discurso de Villalobos, y acomodándolas á las circunstancias salía del paso airosamente, según él mismo creía: hacía alarde de ser cínico y desvergonzado, y no había historia secreta de familia ni honra vacilante, que Pío Blanco no se encargara de divulgar *mutatis mutandis*.

Era de esas personas, que por desgracia abundan en México, para quienes los asuntos agenos, por poco que les atañan, son el punto culminante de sus discusiones; desmenuzan y glosan la mas insignificante noticia; emprenden con un calor digno de mejor causa, una controversia sobre los asuntos privados de una familia, á quien ni saludan; y nada de lo que hay á su alrededor, por indiferente que sea, pasa sin sujetarse al tormento del análisis y del más

escrupuloso exámen: emprenden sumarias genealógicas hasta dilucidar si H y R son hermanos, y si P y N son casados: son boletines orales de cuya lengua libre al lector su buena estrella, aun cuando á nombre del sagrado de la familia y de la gente honrada haya puesto hoy el autor de esta ensalada el foco de su lámpara sobre esas larvas dañinas, para que alguna vez la víctima vea á toda luz á sus verdugos.

Pío Blanco tenía, además de todos sus títulos, el de chismógrafo triturador de honras mas acabado que se conoce.

Este pollo, cuya primera edad había sido una penumbra y una negación, no tenía en su corazón ni en su cerebro noción alguna provechosa ni base moral que normara sus actos, de manera que perdido el encogimiento del pobre, aceptó de un golpe la vanidad y la desenvoltura del rico, y con todo el

atrevimiento de la ignorancia afrontaba magistralmente desde la pequeña cuestión social hasta los altos problemas filosóficos.

Tal era Pío Blanco, pollo á quien vamos á ver en seguida convertirse en amigo de Concha.

En el palco intercolumnio número 1 de los segundos, apareció la tarde de un domingo en el Teatro Nacional, una jóven elegantemente vestida: llevaba un trage de gró azul y blanco de doble falda hecho por Celina, y estaba peinada con una gracia y una propiedad inimitables.

El minarete de la belleza de hoy, el clásico copete de la jóven estaba adornado con dos rosas pálidas, y aquella colina de cabellos y flores daba á la propietaria un aire aristocrático y distinguido: hubiera sido imposible á Casimira la bizca convencerse de que

aquella dama tan blanca, tan sonrosada y tan elegante era la hija de D.ª Lola, era Concha la Sacristana, como ella se había empeñado en llamarle.

Cuando en uno de esos palcos 1 ó 25 de cualquiera de los tres órdenes, aparece una de esas beldades solitarias de exuberante y lujosa falda en una tarde de día de fiesta, la numerosa familia de pollos y tal cual gallo de pelea se ponen en alarma.

Ya barruntan que tras de la bella se parapeta algun feliz que ve con medio ojo la comedia y con uno y medio á la prenda de su cariño; ya se esperan encontrar un conocido á quien felicitar el lunes por su caza mayor; ya en fin, se hacen la ilusión de que no hay tal propietario y que la beldad es una mujer que acababa de asomar en el mundo pidiendo á gritos la indispensable protección del sexo fuerte; todas

estas ideas alborotan la gallera, en la que los pollos son los primeros en píar como al ruido del maíz de por la tarde.

—¿Quién es aquella azul? preguntó un pollo.

—Es de las mías, contestó otro.

—Ya quisieras.

—¿En donde vive?

—No sé.

—Está bien vestida.

—Demasiado.

—De seguro no se ha peinado sola.

—La peinó Broca.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo antecedentes.

—¿A ver, á ver? dijeron varios.

—Mira, Alberto, le dijo un pollo á su compañero; vamos á poner paralelas para el asalto: desde el palco de enfrente verémos quien es el compañero de esa diosa.

—Aprobado, chico, pues al asunto.

—Vamos.

—Vamos.

Y media docena de pollos salieron del salón en un entreacto, pidieron vuelta, y subieron corriendo las escaleras de los palcos haciendo mucho ruido.

La parvada se precipitó por el tránsito de los segundos, llegó al palco número 25 que estaba vacío y entró.

—Orden, caballeros, dijo un pollo.

—No sean díscolos.

—No se le vé mas que el sombrero.

—Pero, ¿quién es? dijo Alberto.

—Si está casi sumido tras de la crinolina.

—Pero ella es encantadora.

—¿Quién será?

—Nadie la conoce.

—No es de las de.......

—Ni de las de....... agregó otro pollo haciendo una mueca.

—¡Ah, ya sé quién es él! exclamó uno; nos está viendo.

—¡Arturo!

—¡Arturo! repitieron cinco pollos.

—¡Qué maldito!

—¡Ah, hipocritón!

Un pollo tosió recio.

—¡No, hombre! exclamó uno.

—¡No seas incivil! agregó otro.

—¿Vamos á visitarlo?

—No seas estúpido. ¿Con qué derecho?

—Con cualquier pretexto.

—Anda solo.

—¿A que no vá?

—Este es *echador*.

—¡Echador! ¿quieres verlo?

—¿Apostamos?

—Lo que quieras.

—Te vas para atrás.

—Qué me he de ir!

A este tiempo Pío Blanco tocaba á

la puerta del palco en que estaba Arturo; éste iba á pararse cuando Pío Blanco entró provisto de un grande alcatraz de dulces.

—Chico, vengo á que me cumplas tu palabra.

—Concha, te presento á Pío Blanco, mi amigo.

—Gracias, chico. Señorita, agregó dirigiéndose á Concha; sírvase usted aceptar estos dulces.

—Mil gracias.

—¡Qué fortuna tiene este pícaro!

—¿Por qué? dijo Concha.

—Por qué ha de ser. ¡Usted lo ama! ¿habrá dicha más grande? Arturo, te felicito doblemente. Señorita, yo sé que Arturo tiene muy buen gusto, y lo que es en esta vez.......

Pío se lamió los labios.

Concha bajó los ojos.

Arturo volvió la vista.

Pío volvió á la carga.

—Vamos, si es usted lo más encantadora que se haya visto! es usted la reina del teatro esta tarde.

—Era la primera vez que Concha recibía una andanada de flores de pollo, y se puso colorada: le pareció que Pío Blanco la estaba enamorando descaradamente.

Arturo lo notó y le dijo:

—No hagas caso de éste, es un loco.

—¡Y tú tan juicioso! ya sabes.

—Cabal.

—No lo crea usted, Conchita; no lo conoce usted; es lo más enamorado y lo más pillo.

—¡Qué tal! le dijo Concha á Arturo.

—Tú eres la que no conoces á Pío; es un calavera.

—Defiéndame usted, Conchita.

—Yo no.

—Pues me defenderé sólo. Todos

dicen que soy calavera, que soy enamorado, que soy pillo, y vea usted...... me calumnian: todo mi efecto consiste en ser simpático, porque ¿no es verdad que soy simpático?

Concha no contestó.

—Pues bien, continuó Pío, como si Concha le hubiese dicho que sí.—Tengo muchas amigas que me quieren mucho, y de ahí sacan los envidiosos que soy enamorado. ¿No le parece á usted el colmo de la injusticia? Pero usted vá á ser mi buena amiga y me vá á hacer justicia; ¿no es verdad?

—Sí, señor, dijo Concha toda turbada, y dirigió una mirada á Arturo.

Éste se la correspondió afectando serenidad; pero realmente estaba entrando en cuidado, porque tenía que habérselas con la audacia de Pío Blanco.

A Concha le pareció oportuno hacer algo, y tomó los anteojos.

Todavía Concha no sabía tomar los anteojos, como se estila hoy: los tomó como se han tomado siempre, en la postura natural.

Arturo tiró del vestido de Concha.

Pío Blanco lo notó.

Concha no entendió una palabra: volvió á tirar Arturo. Concha le dirigió una mirada arrugando la ceja como quien pregunta «¿qué sucede?»

Arturo le hizo un guiño con los ojos, señalándole los anteojos.

Concha se los dió.

Arturo vió con los anteojos tomándolos por delante y exagerando la posición.

Concha se quedó abriendo la boca, como si tal cosa.

Pío Blanco pensó:

—Se está encelando.

Concha volvió á recibir los anteojos, y al recibirlos sintió en la mano una

presión significativa de la mano de Arturo, como quien dice:

—«¡Qué tonta eres!»

Concha tradujo el apretón de este modo:

—«¡Cuidado con Pío Blanco!»

Concha se puso á ver á Concha Mendez.

—¿Le gusta á usted su tocaya? le preguntó Pío Blanco.

Sí, señor; es muy bonita.

—¡Qué diera por ser como usted!

—Tiene muy lindos ojos.

—Los de usted son dos luceros.

—Y muy bonito cuerpo.

—El de usted es mejor.

—Y un pié.......

—El de usted es mejor.

—Usted no me los ha visto.

—Es cierto, pero han de ser mejores. Se lo conozco á usted en la mano. La mano de usted es digna del pincel de Xenofonte.

—¿Xenofonte era pintor? preguntó Arturo.

—¡Hombre, cómo no! y bueno, ya sabes.

—No me vengas con tu literatura porque me apesta.

—Vea usted, Concha, qué injustos son conmigo: me sucede con mi figura lo que con mi talento. Porque me visto bien dicen que soy un Montecristo; porque soy amable que enamoro, y porque hago versos me llaman literato.

—¿Hace usted versos?

—Sí, Concha, cuando encuentro quien me inspire, lo cual es difícil. Le ofrezco á usted unos versos á sus ojos, si tú me lo permites, chico, agregó volviéndose á Arturo, porque supongo que á Concha le habrás regalado un Album. Usted perdone si la llamo Concha, pero yo soy así, no me gustan los

diminutivos. Conque ¿le has comprado un Album? ¿le ha comprado á usted un Album?

—¿De retratos? preguntó Concha.

—No, de recuerdos.

—Esos no los conozco.

—Es un libro en blanco.

—¡Ay qué feo!

—¡Cómo feo! allí le escribirán los que la adoren y los que la admiren todo lo que usted les inspire.

—Yo?

—Sí.

—Los que me adoran?

—Sus amigos de usted.

—¡Ah! ¿y qué escriben?

—Unos versos y otros prosa.

—¿Y para qué?

—Ya lo verás, dijo Arturo cortando el diálogo con impaciencia.

Esta impaciencia la agregó Concha al apretón.

—Mañana le llevo á usted su Album con mi composición á sus ojos.

—¿Pero para qué se ha de molestar usted?.......

—¡Concha! ¡Concha! entre buenos amigos! pero calle! mire V. que turba está en el palco de enfrente. Mira, Arturo, te han comido el trigo, allí está la *chorcha* haciéndonos señas, allí están Pepe y Alberto.

—No les hagas caso, no veas para allá. Concha, mira la comedia.

Concha obedeció.

Pío Blanco se colocó en los asientos de atras junto de Arturo.

—Chico, ¡qué linda es! ¡qué *pico largo eres!* ¿pero quieres decirme de dónde has sacado á esta chica tan *com' il faut?* nadie la conocía.

—Cállate, hombre, y ten moderación.

—¿Te pones sério? ¡Vaya! Ya sé á

qué atenerme. En todo caso comprendo que no es de las que conocemos, ya sabes.

—A todo sales con «ya sabes.»

—Ya sabes. Te convido á cenar. Concha, la convido á V. á cenar, iremos á Fulcheri.

—Hombre, hombre.

—¿Qué dice V., Conchita? porque yo supongo que Vds. cenan, ¿no es verdad, Arturo?

—Hombre, Pío?

—No hay remedio, ya vuelvo, al terminar la comedia aquí estoy. Abur, Arturo. Concha, hasta luego. Arturo tiene la amabilidad de permitir que cenemos juntos en Fulcheri; hasta luego, hija mía, hasta luego.

—Adios, señor, dijo Concha abandonándole la mano según una lección de Madama Luisa.

—Oye, Pío.

—Nada, nada, está resuelto, hasta luego.

Pío Blanco salió y cerró la puerta.

Arturo comenzó á ponerse de mal humor.

Concha guardó silencio.





CAPÍTULO II

Una digresión acerca de las manos. La cena en Fulcheri

Las manos. Hé aquí una parte del cuerpo humano digna, por su importancia suma, de la atención del observador.

En las manos llevamos todos escrito el nombre de nuestra raza, el grado de nuestra educación, nuestra posición social, nuestras tendencias, nuestros sentimientos y nuestra historia.

Si este lenguaje de las manos entrara alguna vez en la categoría de los conocimientos vulgares, la humanidad,

apoyada en sus propias manos, caminaría mejor.

Esta segunda fisonomía no está, por desgracia, tomada generalmente en consideración, y con pocas excepciones el mundo se conforma en materia de manos con estas solas dos calificaciones:

Manos bonitas y manos feas; y no se cuida mucho de que hay tantas clases de manos, cuantas clases de pasiones hay.

Los manos son una revelación de ese misterio que se llama *sér moral*, son una acusación manifiesta de lo que el hombre oculta; y por eso cuando el hombre formula en su interior una oración sincera emanada de la conciencia y de la verdad, *eleva á Dios las manos*.

Las manos con su laberinto de rayas, sus falanges, falangines y falange-

tas, con sus movimientos especiales, son el proceso del individuo, el *carnet* de su viaje por este planeta.

La quiromancia conocía antaño ese *carnet,* y el pillo que sabía leerlo en la antigüedad, tenía el raro prestigio de consternar un reino, de cambiar la faz política de una nación, y de alcanzar mayores resultados con un horóscopo y con una predicción, que el poder religioso y que la fuerza bruta.

Es que la verdad y la conciencia son hermanas, y cuando por cualquier medio, por extravagante que sea, se dan la mano, triunfan.

Si alguno de nuestros lectores es observador, se habrá fijado alguna vez en el lenguaje mudo de las manos.

Las manos son susceptibles de educación, y son siempre las que la revelan; las manos en su configuración, en su tez y en sus movimientos, son el

testimonio inexcusable de las costumbres del individuo.

Hay manos groseras, manos tontas, manas ordinarias, así como las hay ociosas, aristocráticas, sensuales, artísticas, curiosas, hábiles, etc., etc.

Estudiad las manos y al poco tiempo de observación encontraréis que os hablan.

No nos preciamos de conocer á fondo «*la science de la main*,» librito que hemos buscado con ansia para estudiarlo y apoyar nuestras observaciones, de las que, á reserva de ampliarlas en otra ocasión, asentaremos algunas, aunque ligeramente.

La quiromancia llegó á profundizar la cuestión y el autor del libro á que nos hemos referido ha llegado á hacer un estudio prolijo y concienzudo que ha logrado penetrar, y con felicidad, en el terreno de la adivinación: pero

nosotros no entraremos al exámen de las líneas, sino solamente al de la forma y los movimientos.

Por ejemplo: despedíos de una joven bien educada, acostumbrada á la buena sociedad y al trato franco y sincero, y sentiréis todas esas cualidades en el tacto, en la manera con que os estrechará la mano; pero dádsela á una beldad inculta, á una polla ordinaria, y notaréis una contracción extraña, sentiréis unos dedos nerviosamente rectos y una mano muerta, un movimiento sin intención y como que no está en armonía con la voz ni con el asunto, es una mano postiza que se mueve por imitación, es un desencanto, una mano torpe y elocuentemente desconsoladora.

En esta categoría estaban las manos de Concha aun después de las lecciones de Madama Liusa.

En cuanto á su forma, ocultaban sus articulaciones bajo una piel suave y tenían los dedos puntiagudos, señal inequívoca de pereza y voluptuosidad.

Las manos hábiles tienen los dedos espatulados, las trabajadoras las yemas redondas, y los dedos casi rectos, las articulaciones pronunciadas y las venas salientes.

Las manos de Arturo se parecían á las de Concha, eran suaves y puntiagudas.

Los dos amaban la molicie.

Pío Blanco, á pesar de su poca experiencia, comprendió gran parte de lo expuesto en la manera con que Concha le dió la mano; y este solo hecho ero tan significativo y trascendental que Pío se puso á discurrir de este modo:

—No, á pesar de su lujo, esa chica no es lo que parece; Arturo la ha de

haber sacado de algún rincón y la ha ataviado como una señorita. ¡Bravísimo! Esto me alienta y me hace concebir una esperancita.... porque en fin, yo soy un calavera.... mi edad... vamos Pío, eres un pollo, se decía á sí mismo el pollo, tomando un aire de fatuidad muy marcado... Pío, Pío, tú tienes un pensamiento retozón... ¡pero si tiene unos ojos esa chica! y luego... que como no es decididamente una encopetada cocota ni cosa que lo valga, va á ser accesible, yo soy buen mozo y me visto bien.... Afortunadamente traje mi corbata verde, que según mi chica me está tan bien... en fin, en la cena veremos lo que se avanza: es necesario quedar bien con el fanfarrón de Arturo, para que en todo caso vea Concha que sé lo que traigo entre manos y que soy hombre que presta garantías.

Estas y otras mil ideas preocuparon á Pío Blanco hasta el momento de reunirse con Arturo y Concha.

—No me tardé, dijo al entrar al palco.

—Nada de eso: eres un inglés.

—Ya sabes. ¿Concha, se ha divertido V. mucho?

—Sí, señor.

—¿Vámonos?

—Sí, así saldremos sin pasar la consabida revista, dijo Arturo.

—¿Qué revista? preguntó Concha.

—La de la doble fila de curiosos que se forma á la salida del teatro.

—¡Ah!

Pío tomó de sobre una silla un magnífico abrigo de merino blanco y lo colocó sobre los hombros de Concha, á quien desde luego pareció aquella galantería de un carácter desconocido, al grado que dirigió una mira-

da á Arturo como para pedirle su aprobación.

Pío Blanco dejó que Arturo tomara á Concha y dijo:

—No te quejes chico, de derecho me tocaba llevar á la interesante Concha, pero como te considero muy enamorado te hago esa concesión. Ya sabes.

—Gracias, generoso.

Los tres pollos salieron antes de que se acabara la comedia, montaron en un coche y partieron para el café de Fulcheri.

Pío Blanco pidió sopa de ostiones para los tres.

—¿Sopa? dijo Concha haciendo un gesto graciosísimo.

—Sopa, Concha, sopa de ostiones.

—¿A estas horas?

—¡Oh! ese es el chic, los ostiones son nuestra comida favorita, ¿no es verdad, Arturo? Ya sabes.

Puso el criado la sopera y Pío Blanco hizo platos.

Concha observó para sí, que aquello no tenía cara de sopa; por lo menos no se parecía á la de tortilla, ni á la de fideos; tomó algunas gotas en la punta de la cuchara y la probó: la encontró detestable.

—De tomar sopa, pensó Concha, preferiría yo de tallarín, como la que hace mi mamá.

Arturo estaba en un brete; hacía señas á Concha con los piés para que no se dejara ver la hilaza, para que no hablara; pero no pudo evitar que Pío Blanco con esa tenacidad peculiar del pollo, especialmente cuando el pollo come y bebe, no pudo evitar, decimos, que Pío exclamara:

—¡Cómo! encantadora Concha, ¿no le gustan á V. los ostiones? los ostiones son la comida favorita de los hi-

jos del placer, de los hombre de gusto, de la gente que comprende los deleites gastronómicos; el mundo elegante los reputa desde la más remota antigüedad como el platillo de los enamorados.

Concha abría los ojos, teniendo la cuchara suspendida entre el plato y la boca, estaba lela; después bajó la cara y procuró analizar la forma de los ostiones.

—¿Busca V. la forma? eso es cuestión de forma, como dicen en el Congreso; busque V. la sustancia, Concha, la sustancia, y ya verá V.—Chico, dijo en seguida, dirigiéndose á Arturo, si quieres ser feliz, es preciso que alimentes á esta hechicera beldad con los productos culinarios más en analogía con las costumbres modernas.

—Ya aprenderá, dijo Arturo turbado.

—A la salud de V., Concha, por esos ojos...

Pío tocó su vaso con el de Concha, quien se estremeció con el contacto inesperado y estuvo á punto de soltar el vaso.

Pío apuró el suyo de un sorbo y Concha apenas tocó el suyo con los labios.

El dios Baco tiene sacados muy curiosos apuntes sobre la embriaguez, en todos los tiempos, y hasta ha llegado á confundirse en materia de apreciaciones. El tal dios de las viñas, hace formales mohinas cuando en una cena íntima ó en un banquete, se encuentran beldades de paladar refractario al consagrado néctar.

Las personas no acostumbradas al vino lo aceptan como una verdadera poción venenosa; apenas lo catan y les parece mucho un trago: el verdadero

chic consiste en beber con naturalidad. A este chic debe la industria moderna la enormidad de su estadística alcohólica.

—Beba V., Concha.

—Se me sube.

—El buen vino no se sube.

Arturo y Pío bebían como contramaestres.

La conversación subía de punto; Pío se volvía impío y Arturo no veía claro. Delante de una mesa cubierta con suculentas viandas y esquisitos vinos, el hombre espiritualiza el placer animal, y las fuerzas digestivas dejan, en los primeros momentos, ejercer todo su poder á las fuerzas intelectuales.

El gusto, la vista y el olfato se regodean en el refinamiento culinario; y sabores y aromas, estimulan el sensualismo del gastrónomo: el hombre reina, se siente bien, se alegra de ver-

se bueno; este placer múltiple pone al pollo insoportable, al grado de privarnos del placer de escribir en seguida el diálogo de la cena, que para nosotros tiene todo el sabor del pollo en auge; presentaría una de las fases más encantadoras de este bípedo, nos facilitaría la autopsia, nos ahorraría letras. Con positivo sentimiento renunciamos á describir con todos sus detalles, aquella cena á tres, cena del café Inglés de París, casi pompeyana; pero preferimos respetar á nuestros lectores doblando la hoja para pasar al capítulo siguiente.





CAPÍTULO III

En el que la precocidad de los pollos determina una catástrofe

SENTÉMONOS en una de las elegantes bancas de fierro del jardín de la plaza mayor de México.

La noche es hermosísima, y en el reloj de la Catedral acaban de sonar las doce y media: del portal de las Flores se retira el último figón improvisado sobre una mesa, y todavía en los dos extremos del portal de Mercaderes permanecen soñolientos y silenciosos dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo.

La luna está en el zénit, el cielo es azul y ni una ráfaga de viento agita las dormidas plantas del jardín, en el que, no obstante, se perciben los aromas de los floripondios, de la miñoneta y de los heliotropos.

Frente á Catedral están sentados en una banca, una dama y un caballero. La dama está envuelta en un manto gris, el caballero tiene un paletó oscuro, y una bufanda le oculta la mayor parte del rostro.

Eran Concha y Arturo.

En el rumbo opuesto, quiero decir, frente al Palacio Municipal, hay cuatro pollos que ocupan otra banca de fierro. Estos pollos son Pedrito, Pío Blanco, Pío Prieto, y un desconocido.

—Es deliciosa, chico, es deliciosa, decía Pío Blanco. Anoche cené con ella; es un poco inculta.

—¿Es posible? dijo Pío Prieto, que

ignoraba lo que había pasado entre Concha y Arturo hacía algunos días; cuéntanos eso.

—A ver, dijo Pedrito, muy lejos de creer que se trataba de su hermana.

—Nuestro hombre estaba en los segundos con la chica, nos picó la cresta á todos los de la carpanta, y nos propusimos averiguar quién era la azul.

—¿La azul? preguntó el pollo desconocido.

—Iba vestida de azul, repuso Pío Blanco, y continuó: nadie la conocía; pero Paco el acomodador nos dió informes y ya con ellos, cataplum, me lancé al palco y saludé, provisto de un alcatraz de dulces; lo ofrezco, ella lo acepta, los convido á cenar, bebemos mucho Champagne, y después algunos ponches calientes... la cosa es hecha.

Ya en el Champagne, un piececito

de la niña me pertenecía; porque han de estar ustedes, que yo acostumbro empezar los telégrafos con los piés: es mi táctica.

—Yo soy lo mismo, dijo Pío Prieto.

—En primer lugar, acerqué mi pié como casualmente, y cuando mi hombre se descuidaba, dirigía yo miradas tiernas á la sirena.

—Miradas melodramáticas, agregó el pollo desconocido.

—Exactamente. Yo creo tener cierta atracción magnética en la mirada.

—¡Presumido! exclamó Pedrito.

—No, chico, eso no es presunción: yo conquisto con los ojos y luego con los piés; con la vista, exploro, y con los piés corroboro: así es que á los ponches ya el piececito de la divina estaba colocado negligentemente sobre el chagrin de mi botín; ¡delicioso!

—¿Y luego? preguntó Pío Prieto.

—Hoy la he llevado una preciosa caja de dulces y un album.

—¿Y qué? preguntó Pedrito.

—El negocio es hecho, la ocasión es la que falta, la conquista es espléndida.

—Te felicito, chico, dijo Pío Prieto.

—Vale la pena de cenar en Fulcheri, dijo el pollo desconocido.

—Aprobado, dijo Pedrito.

—Pío Blanco paga, dijo Pío Prieto.

—No me arredro; en marcha.

—A Fulcheri, á Fulcheri; repitieron los pollos y se pusieron en movimiento.

Las cenas de Fulcheri son generalmente cenas de calaverones, de pollos y de amantes desvelados: rara vez estas cenas son entre gentes de severas costumbres, porque son á media noche y más suculentas de lo que conviene á estómagos enfermizos y metódicos.

Los cuatro pollos sorbieron con delicia el caliente consommé, tomaron jamón de Vestfalia, pavo, pasteles, Champagne y ponches de Kirch-waser.

Todos brindaron á la salud de la azul, y Pío Blanco, en el colmo del agradecimiento, les ofreció otra cena en compañía de la bella conquistada.

Esta palmaria prueba de confianza, hizo estallar el entusiasmo y los pollos prorrumpieron en vivas á Pío Blanco.

—Lástima es, dijo Pedrito, que esa cena sea para dentro de seis meses.

—¡Seis meses! exclamó Pío Blanco.

—Lo menos, dijo Pedrito.

—Dentro de ocho días.

—Que se tome nota, dijo el pollo desconocido.

—Que lo apunte el más viejo de nosotros, dijo Pedrito; ¿cuántos años tienes, Blanco?

—Diez y siete.

—¿Y tú, Pietro?

—Diez y siete.

—¿Y tú, Pepe?

El pollo desconocido dijo:—diez y ocho.

—Tú lo apuntas.

—Corrientes, dijo Pepe, el día 15 será la cena.

—¡No será ese día! dijo Arturo, presentándose de una manera dramática en el gabinete..........................

....

Los pollos enmudecieron.

Pío Blanco, se puso blanco, Pío Prieto rojo, Pedrito verde y Pepe amarillo.

En medio de aquella caja de colores estaba la llama azul del ponche.

Arturo se acercó á Pedrito, y le dijo al oído:

—Llévate á Concha á casa y allí me esperas.

Pedrito obedeció en silencio y fué

á tomar á su hermana, que efectivamente estaba en la sala inmediata al gabinete azul, pues mientras los pollos proyectaban cenar, Concha y Arturo con la misma inspiración habían entrado á Fulcheri.

Arturo se dirigió á Pío Blanco y le dijo con acento de primer galán:

—Salga usted, caballero.

Pío Blanco se puso su sombrero.

—Me permitirás que pague la cena, porque supongo que no me obligarás á aparecer droguero con Fulcheri.

—¡Mozo! gritó en seguida, ¿cuánto se debe?

—Una onza, dijo el criado.

Pío Blanco tiró sobre la mesa una onza de oro y una peseta para el criado.

—Estoy á tu órden, Arturo.

Los cuatro pollos salieron de Fulcheri.

....

Pedrito y Concha pasaron la noche en vela esperando á Arturo.

A las siete de la mañana salió Pedrito en busca de noticias.

Arturo no había dormido en su casa ni en hotel alguno, ¿en dónde estaría?

Pedrito empezó á sospechar que el lance debía haber sido bastante sério.

Buscó á Pío Blanco y después á Pío Prieto, y por último á Pepe.

Todos los pollos se habían perdido.

Pedrito por lo tanto no sabía qué partido tomar, y regresó á participar á Concha aquella estraña desaparición.

—¡Se habrán batido! dijo esta sobresaltada.

—¿Quiénes?

—Cómo quienes! Arturo y Pío Blanco.

—¿Luego tienes motivos para sospechar que Arturo esté celoso de Pío?

Concha no supo contestar.

—¡Responde!

—Pues bien, sí: Pío me enamoraba. Pedrito fingió ponerse furioso.

—No estamos para sermones, dijo Concha resueltamente, busquemos á Arturo.

—Y á Pío Blanco.

—No me provoques.

—Tú le juegas una mala pasada á Arturo, y ya sabes cuanto le debemos.

—Ya me lo has dicho veinte veces.

—Y te lo diré cien mil. Llevas muy malas trazas, vas á acabar mal.

—¿Y tú?

—¿Yo? soy hombre y trabajaré, pero tú?

—¿Qué oficio tienes?

—Eso es cosa de mi capote.

—De mi capote, repitió Concha ahuecando la voz.

—¡Estúpida!

—Tengamos la fiesta en paz y vuelve por ahora á buscar á Arturo.

—¿En dónde quieres que le busque? No está en su casa, no está en ninguna parte.

—En alguna parte ha de estar.

—Estará en la cárcel.

—Puede ser.

—¿Qué dices?

—Que nada estraño sería que estuviese en la cárcel.

—¿Sabes que dices bien?

—¡Pues ya lo creo! Vé á la Diputación.

Con este nombre distinguen algunos el palacio Municipal de México.

Pedrito salió de nuevo en busca de Arturo. A pocos pasos de la casa de Concha, Pedrito encontró á un pollo.

—Chico, le dijo este, no vayas á la oficina.

—¿Por qué?

—Porque ya es inútil que te molestes.

—¡Cómo!

—El jefe te ha destituido.

—Te chanceas.

—Ayer se ha puesto la órden.

—¿Y por qué motivo?

—Por inútil y por moroso en el cumplimiento de tus deberes.

—¿Pero eso es cierto?

—Palabra de honor.

—Ya me lo esperaba, el jefe no me puede ver, y es porque sabe que mi padre anda en la revolución; pero no importa, todas estas son intrigas de mis enemigos, ya sé de donde viene el golpe; pero te juro que le he de romper los anteojos al tal jefe, ¡ignorantón! que ha ascendido por favoritismo.

—¡Hombre, Pedrito!

—Seguro, eso es por su mujer.

¡Echarme como si fuera yo un criado! ¡ya se vé! ¡si no se puede ser empleado! pero deja que triunfe la revolución, chico, y verás adonde se va el jefe hipócrita, santurrón: no me pesa. Con que no debo ir ¿eh?

—Creo que no debes presentarte á recibir el desaire.

—Iré, y mucho que sí, para decirle á ese viejo cuántas son cinco.

—Haz lo que quieras: te dejo porque van á dar las nueve. Adios.

—Adios.

Y Pedrito se quedó estático: después se rascó la cabeza, se echó hácia atrás el sombrero hasta descubrir el pelo de la frente, se colocó las manos en los bolsillos y comenzó á andar, silbando quedito. De vez en cuando interrumpía su aria con una blasfemia que murmuraba por lo bajo, pero que no siempre pasaba desaper-

cibida para los transeuntes, que se reían del pollo desvelado y maldiciente.

En cuanto á Concha, ataviada aun con el trage del paseo nocturno, había cambiado solamente el manto gris por un rebozo azul.

El rebozo es el más íntimo confidente de la mujer en México. Las costumbres francesas se han estrellado generalmente ante el uso de este adminículo indispensable, ante esta acentuación de la nacionalidad, ante ese chal de extraña flexibilidad y característico de México.

La mujer y el rebozo son el único matrimonio completamente feliz: sobre los hombros de la propietaria se adapta á un millón de *partidos de paños*, como dicen los pintores.

Cuando el rebozo está sobre los hombros y después del emboce vuelven á subir las dos puntas sobre el

hombro izquierdo, la mujer está ocupada; entonces el rebozo quiere decir tráfago, haciendas, ocupaciones domésticas, preparativos.

Cuando el rebozo en los hombros está cruzándose sobre el hombro y cae más abajo de la cintura, es señal de que el talle de la propietaria está invisible, los broches están divorciados, y la pureza de las líneas está en bosquejo.

Pero cuando este lienzo elocuente está cubriendo la cabeza hay que temer cosas graves, y es una infalible señal de alarma: en primer lugar, el tocador está en inútil espera, los postizos están en dispersión, y la propietaria está confiando á su rebozo males físicos ó morales, la propietaria está triste, tiene jaqueca, ha recibido malas nuevas, y la diosa de la moda y los geniecitos del tocador están bostezan-

do y muriéndose de fastidio porque la hada del gabinete de los secretos está transigiendo con la prosa vil de la vida.

Ultimamente, cuando el rebozo cubre parte de la frente, la boca y parte de la nariz, el drama es inconcuso, la propietaria ha tocado el sumum del malestar, de la displicencia, del frío, de la pereza, del dolor, y de todo lo sombrío y siniestro.

El rebozo de Concha no le dejaba descubiertos mas que los ojos.

Aquellos ojitos estaban inyectados y se clavaban en el suelo como leyendo en las flores de la alfombra una porción de cosas tristes. Concha comenzaba á ser infeliz, y estaba abriendo ese libro de negras páginas, y del que cada capítulo va conduciendo al alma á un índice horripilante.

Hay una nube sombría en el porve-

nir que de repente se interpone entre nosotros y el sol de nuestras dichas pasajeras, y las intuiciones de lo cierto, de lo desconocido, de lo pavoroso, nos hacen estremecer, como á la vista de un precipicio palpable.

El libro de nuestra vida repite, como las grandes composiciones musicales, los temas, los motivos y las ideas de la introducción.

Labradores de este campo que se llama la vida, recojemos indispensablemente los frutos de nuestra siembra de ayer, la tierra nos devuelve con usura lo que le confiamos, para tener derecho á que le devolvamos lo que nos confió: nuestro cuerpo.

Concha empezaba á recojer.

Todos para recojer miramos al suelo, donde pusimos los piés; allí esta la huella, no lo podemos negar.

Hay frutos amargos.

Al verlos los regamos ya tarde con una lágrima. Al recojer los frutos buenos, levantamos la frente al cielo.

. . . .

Concha no levantaba la frente.

¡Pobre Concha!

Su meditación fué interrumpida por la voz de una criada. Esta criada era Soledad, que hacía notable contraste con el lujo de la pequeña habitación: estaba andrajosa y sucia, tenía como veinte años, una fisonomía bronceada trazada con esas líneas elocuentes, que dibujan la disipación y la mala vida: sus cabellos estaban ordinariamente erizados, y el poema de aquella existencia misteriosa, estaba representado en dos circunstancias, á saber: en el desaseo y la incuria de la criada, y en sus piés.

Esta criada calzaba unos magníficos botines de seda solferinos esquisitamente adornados.

Soledad había visto realizado su ensueño:

En cuanto á Madama Luisa, se había despedido desde el día en que Arturo minoró las propinas.

Soledad entró; vió á Concha cabizbaja y se sentó en la alfombra enfrente de su ama:

—¿Qué? murmuró apenas Concha

—La comida.

—No como.

—No es eso.

—¿Pues qué?

—Que no hay comida.

—Mejor.

—¿Cómo mejor, y yo?

—Es verdad, dijo Concha tomando unas llaves que alargó á la criada.

Esta se levantó y fué á abrir un ropero, cuya puerta era un espejo.

La horrible cara de la criada se reprodujo allí como en un gran marco

elegante la figura maestra de una pordiosera; parecía una de esas magníficas pinturas que representan un miserable.

La criada se vió de cuerpo entero, y en vez de verse la cara se vió los piés.

Todos estos detalles pasaron desapercibidos para Concha.

—No hay nada, dijo la criada.

Concha le fijó la mirada.

—¿Cómo no hay nada? habrá plata.

—Nada, volvió á decir la criada haciendo girar el espejo; vea usted.

Concha se levantó y lo registró todo, y después se quedó pensativa.

—Lleva esto, dijo al fin, y tiró á la criada un vestido de gró negro.

La criada hizo un lío en una toalla y salió de la habitación.

. . . .

Hay algunos millones de pesos en circulación en el país, debido á que algunos miles de usureros se han colo-

cado enfrente de la miseria y de las malas costumbres

La miseria, no obstante, no es la principal proveedora de las casas de empeño.

Un poco de orden y el infame comercio languidecería; un poco de método y de amor al trabajo, y la circulación de la usura dejará de ser la vorágine de las clases menesterosas.

La pereza está al lado de las necesidades, para proporcionar el recurso fácil del empeño al que tiene, por dicha de los usureros, la torpeza de olvidar la aritmética en estos tiempos.

El Monte de Piedad está legítimamente instituído bajo el manto de la beneficencia pública. Tal fué la mente del Sr. D. Pedro Romero de Terreros, cuando el año de 1775 cedió trescientos mil pesos para la fundación de ese establecimiento en México.

Efectivamente, ese ogro que se llama la miseria pública, se arrastró huraño pero consolado, hasta las puertas del suntuoso edificio; y por medio de una operación piadoso-mercantil, vió convertirse un trapo, inútil por el pronto, en un pedazo de pan.

El hambre logró ver el algodón, la lana, la seda y los metales color de pan: ¡ilusión risueña!

Pero la pereza que también trabaja para mantenerse, la holgazanería y todos sus hijitos los vicios, á la sombra del gran pensamiento filantrópico se disfrazaron de miseria, y también se arrastraron hasta las puertas del Sacro y Nacional Monte de Piedad de ánimas.

Pero volvamos á Concha, que de nada de esto tiene la culpa, pues no ha tenido más parte en lo que pasa, que haber nacido bonita y pobre: desgra-

cia bien común y bien fecunda en resultados.

Concha presentía el derrumbamiento.

Todas las posiciones falsas tienen delante el precipicio.

Las loretas de París suelen caer desde el palacio al hospital.

Cuando á Concha se le acabara el oro no le quedaba más que la belleza, que es el capital que rinde más funestos réditos.

Concha, después de una larga meditación, se consoló viéndose en la luna de su ropero.

Hé aquí una de las ironías de la vida.

La explotación del capital más inmueble que se conoce: este era el porvenir de Concha, y no obstante, Concha no se espantaba: lo que tenía delante de sus ojos no era el abismo de

la prostitución con todos sus horrores, porque para ver ese abismo, se necesita tener educada la vista en la moral y en los buenos principios; la pobre Doña Lola nada supo en su vida de toda esa gerigonza.

Ella decía que era buena cristiana y lo decía sinceramente: en efecto, oía misa y rezaba, y si no le había enseñado más á Concha era porque ella misma lo ignoraba.

Concha, abandonada por Arturo, no sería, en todo caso, más desgraciada que Doña Lola abandonada por Don Jacobo, *lanzado á la revolución*.

¿A quién apelaría Concha? A nadie, á ella misma.





CAPÍTULO IV

El lector encuentra á los pollos y se entera de lo que les sucedió después de la cena en Fulchieri

CUANDO los pollos salieron del café, buscaron campo y se fueron al jardín del zócalo.

Arturo tomó la palabra y poniendo gruesa la voz, dijo de este modo:

—Pío, es necesario que nos matemos.

—Nos mataremos, contestó Pío Blanco.

Pero señores, exclamó Pío Prieto, veremos si el asunto puede arreglarse de otro modo.

—Sólo con la muerte de uno de los dos, insistó Arturo.

—Supuesto que por una... chiquilla, quiere Arturo batirse, yo le daré gusto, pero la chica no vale la pena.

—¡Miserable! exclamó Arturo tomando una actitud de tenor *sfogatto*.

Pepe y Pío Prieto se interpusieron.

Pío Blanco tenía calma, tal vez por la convicción de su falta, pero no se retractaba.

En seguida Arturo prorrumpió en asquerosos denuestos, en insultos soeces, en palabras inmundas y quería comerse á Pío Blanco. Le escupió á la cara.

Pepe contenía á Arturo.

Pío Prieto procuraba inducir á Pío Blanco á que arreglara el asunto, ofreciendo no volver á ver á Concha; pero Pío Blanco no transijía y Arturo estaba cada vez más furioso.

Aquel altercado en la mitad de la noche, llamó la atención de los guardas, quienes á paso acelerado se dirigían ya hacia los pollos; pero éstos, para quienes un guarda-faroles era un gavilán, se escurrieron bonitamente tomando en silencio la dirección de las calles de Plateros.

Media hora después, los cuatro pollos estaban en la colonia de los Arquitectos.

Arturo, como á cincuenta pasos de Pío Prieto y de Pepe, que arreglaban, como padrinos, las condiciones del duelo, y Pío Blanco estaba á otros cincuenta pasos distante, en dirección opuesta.

Después de una larga conferencia, Pepe se volvió á donde estaba Arturo y Pío Prieto á donde estaba Pío Blanco, y en seguida volvieron á reúnirse; esto se repitió varias veces, hasta que

quedó definitivamente arreglado que por ser de noche y aun cuando la luna alumbraba espléndidamente, se colocarían los contendientes á veinte pasos de distancia y á una señal avanzarían y dispararían á voluntad con el revólver.

Pepe y Pío Prieto colocaron á Arturo, y avanzando después veinte pasos, señalaron el lugar para que se colocara Pío Blanco.

Después Pío Prieto y Pepe se apartaron á un lado y sonó una palmada.

Ninguno de los contendientes se movió: sonó otra palmada.

Arturo avanzó de prisa y Pío Blanco apuntó; Arturo iba á pararse para disparar cuando se oyó el tiro de Pío Blanco, y Arturo cayó disparando su pistola.

Pío Blanco permaneció en guardia.

Pío Prieto y Pepe se acercaron co-

El desafío

rriendo á Arturo, lo tocaron... ¡tenía atravesado el pecho!... Pepe al levantarlo sintió la sangre en la espalda.

—Me muero, murmuró Arturo con voz débil.

—¿Qué hacemos? dijo muy afligido Pío Prieto.

—¿Está muerto? preguntó Pío Blanco acercándose.

—Morirá pronto, le contestó Pepe.

—Fué una calaverada haber hecho las cosas de este modo, dijo Pío Prieto; pero aquí tengo amigos, tocaremos allí, añadió señalando una puerta al fin de una tapia.

—Pero haremos un escándalo, objetó Pepe.

—No importa, Arturo se muere.

Pío Blanco fué á tocar. Por fortuna contestaron pronto.

—¿Quién?

—Soy yo, Victoriano, dijo Pío Prieto; abre que importa.

—¿Es V. el niño Pío?

—Sí, yo soy, abre.

Pepe y Pío Prieto venían cargando á Arturo. Victoriano era el cuidador de una de las casas de campo de la colonia.

Se instaló al herido en la pobre cama, caliente aun, de Victoriano, y Pepe salió en busca de un médico: entre tanto Pío Prieto y Pío Blanco aflojaron los vestidos á Arturo, que había caído ya en la postración de la muerte.

Victoriano propuso á los pollos que vendaría al herido y así lo hizo, rompiendo una sábana. Victoriano había sido soldado de la ambulancia, de manera que la venda aunque inútil estaba al menos bien puesta. En seguida puso lienzos mojados sobre las dos heridas que no cesaban de sangrar.

Hora y media después se oyó el

ruido de un coche; venían en él Pepe y un médico.

Arturo no había vuelto á hablar: su cuerpo solo producía un sonido estertoroso y lento.

El médico movió la cabeza, tocó el pulso, se volvió hacia los pollos, que estaban descoloridos, é hizo una señal desconsoladora. Pocos momentos después expiró Arturo, á la sazón que en el horizonte se destacaba una zona sonrosada y por todos los ámbitos de la ciudad cantaban los gallos.

El médico se despidió y Pepe y los dos Píos se quedaron viéndose por largo tiempo sin proferir una sola palabra. Los pollos estaban apurados.

En su carácter de tempraneros los pollos habían cumplido su misión, ya habían entrado en singular combate; pero aquel muerto hablaba elocuentemente con su silencio.

Un muerto siempre es una cosa muy seria, aun entre los pollos.

Arturo, el espigado, el simpático, el elegante, yacía exánime.

¿Qué harían con aquel cadáver? ¿quién se encargaría de llevar la fatal noticia á la familia del muerto? ¿qué partido tomaría el asesino?

Veamos de qué manera resolvían los pollos estas importantes cuestiones.

Desde que Dumas inundó la América española de novelas, sembró con buen éxito algunas frases que recogieron los pollos.

Esta es una de ellas: —*¿Y bien?*

Era preciso que después de la perplejidad, un pollo rompiera el silencio de este modo, así es que Pío Prieto exclamó:

—¿Y bien?

Pío Blanco contestó:

—¡Psh!

Y Pepe se encogió de hombros.

—Sí: respondió Pío Blanco.

Los pollos estaban lacónicos: su verbosidad se plegaba ante el cadáver.

El pollo de buena ley, el pollo de estos tiempos que corren, el pollo que mata y se suicida, y enamora y seduce y se embriaga, tiene todavía su fibra patética delante de los muertos.

Parece que no hay cadáver que no tenga el dedo en la boca diciendo: ¡silencio!

Los pollos estaban hablando quedo, como si temiesen que los oyera Arturo.

No hay quien no respete la soñada sensibilidad del tímpano auditivo de un muerto.

Vivid, sentid, y el mundo sin consideración os atronará los oídos aun

cuando os lastime; pero tan luego como estéis en la imposibilidad de oir, guardarán silencio los que os rodean, os cuidarán de las moscas, y no moverán vuestro cuerpo yerto sino con exquisito cuidado: ya no hablarán mal de vos como si temieran que abriérais un ojo, que es la chanza más pesada de un muerto.

Los pollos hacían todo esto, chupando cigarros. El cigarro es la mamadera de las grandes situaciones.

El hombre como siente y como piensa, fuma. Se aflije, se mortifica, se avergüenza, y fuma.

No sabe qué hacer, y fuma.

Tiene mucho qué hacer, y fuma.

Mira á un muerto, y fuma

El cigarro es un problema sin solución.

El hombre para quien han sido, son y serán humo muchas cosas, se fami-

liariza con el humo. A la pobre inteligencia humana le queda mucho que averiguar, tiene delante siempre lo indefinido, lo abstracto, lo desconocido, y pasa por el mundo dejando sin solución la mayor parte de lo que ve.

Por eso fuma el hombre: tal vez esa nubecilla que tanto se empeña en hacer permanente delante de sus ojos, es la significación de todo lo que ignora.

Los pollos fumaban con teson, y como dicen los fumadores, *coleaban:* lo cual quiere decir en el tecnicismo de este gran negocio de la humanidad, encender un nuevo cigarro en el cabo del anterior.

Pero humo no era lo que allí se necesitaba; y los pollos entretanto no tomaban ningun partido.

Dejando al muerto, salieron de la habitación á buscar en el fresco ambiente de la mañana, la anhelada inspiración.

—Decididamente, exclamó Pío Prieto con aire magistral, Pepe irá á llevar la noticia.

—¿Yo? dijo Pepe.

—Sí: entretanto yo me quedo aquí y Pío Blanco se esconde.

—¡Esconderme! dijo Pío Blanco con una entonación propia de D. Sancho el Bravo.

—Sí, esconderte, insistió Pío Prieto: has matado un hombre.

—Pero en buena lid, como caballeros.

—Lo cual no impedirá que te aprehendan, porque las leyes no entienden de buenas lides.

—Pues no me escondo: en tal caso me denunciaré á la justicia y sufriré las consecuencias.

—No seas tonto, ocúltate mientras arreglamos las cosas y después veremos.

—No señor, mi partido está tomado. Abur, caballeros, dijo Pío Blanco calándose el sombrero hasta las cejas.

—Oye! oye! le gritaron Pepe y Pío Prieto.

Pío Blanco desapareció.

Pío Prieto y Pepe se descartaron por lo pronto de una dificultad: quedaba en pié la del muerto.

Pepe por fin fué el encargado de dar la noticia.

Pío Prieto se quedó cuidando el cadáver. Este es un cumplimiento á que todos los muertos son acreedores, y es tan estricto el ceremonial en este punto, que hay ricos que pagan veladores que hagan durante una noche los honores al muerto.

Esta antesala postrera es indispensable.

Pío Prieto cumplía por su parte, justo es decirlo, con toda la hombría de bien

y con toda la circunspección que el caso requería.

Delante del muerto fué cuando aquel pollo comenzó á horrorizarse, al grado de proponerse sériamente no hacer el amor sino á pollas libres.

Pío Blanco estaba á eso de las ocho de la mañana bajo el portal del palacio municipal. Acababa de preguntar á un policía por el señor juez en turno.

—No ha venido, le habían contestado, y Pío Blanco se puso en atalaya. Poco después de las ocho llegó el juez, que lo era el señor Lic. D. Manuel Flores Alatorre: el pollo lo siguió de cerca, subió los dos tramos de la escalera y después el tercer tramo, que conduce al vestíbulo de la alcaldía y del juzgado.

El escribano de actuaciones, dos escribientes y dos querellantes, estaban esperando al señor juez, quien después

de saludar se encaramó en su plataforma y tomó asiento delante de su mesa de despacho.

Pío Blanco había quedado de pié á la puerta, sin que nadie se apercibiera de él, hasta que subiendo á su vez á la plataforma dijo al juez:

—Señor juez en turno, tengo un asunto reservado y de la mayor importancia.

—En ese caso, dijo el juez, sírvase usted pasar á este gabinete. Y condujo á Pío Blanco al gabinete contiguo.

Cuando el juez hubo cerrado la puerta, Pío Blanco habló de esta manera:

—Señor juez, anoche he tenido un lance de honor y he muerto á mi adversario.

Esta introducción requería una exclamación, ó cuando menos un movimiento de parte de una persona que no fuera un juez de lo criminal, de manera

que la imperturbable fisonomía del juez apenas se contrajo.

—¿Y quién era el contrario? dijo el juez.

—Mi amigo Arturo L* * ha muerto, señor juez, él lo quiso, él provocó el lance, pero yo que soy caballero y que respeto la ley, vengo á presentarme para que se me castigue.

Pío Blanco esperó que el juez hablara, seguro de oir un panejírico elocuente acerca de aquella conducta que al pollo le parecía heróica, casi novelesca.

Pero el juez manifestó la misma indiferencia y después de haber escuchado con mucha atención, mandó extender en forma las primeras diligencias, y dos horas después, Pío Blanco se encontraba formalmente preso.

A las diez de la mañana comenzó á circular por todas partes la fatal noticia;

la familia de Arturo estaba inconsolable, y como el pollo muerto pertenecía á una clase elevada de la sociedad, el ruído fué mayor y mayores las demostraciones y el movimiento en los altos círculos.

Entraron en escena media docena de pollas encopetadas, como acreedoras á pasados guiños y galanterías. Quién de ellas recordaba cierta danza, aquella una declaración amorosa, la otra un *bouquet* (entre pollas sería muy prosaico decir ramillete). Finalmente, las pollas cumplían con el deber de los honores póstumos, y sin disputa aquellos fueron los momentos en que el pobre Arturo gozó de mejor reputación en toda su vida.

Un periódico dió al día siguiente la noticia, y la reprodujeron los demás, algunos con tal ó cual moraleja: en la tarde se verificó el entierro en el pan-

teón de San Fernando, pues en concepto de toda la familia, hubiera sido una verdadera calamidad que el cuerpo se hubiera sepultado en Santa Paula, panteón desprestigiado y poco elegante.

La causa siguió sus trámites y Pío Blanco pasó á la cárcel de Belén.

Pío Blanco convertido en héroe de calabozo, acabó de perder en el encierro el aire de encogimiento y de debilidad, propio de su edad y se convirtió en un hombre avezado á las penalidades. Como se trataba de un pollo fino se ablandó el alcaide, y el separo de Pío era invadido frecuentemente por una bandada de pollos que formaban corro, improvisaban almuerzos y llevaban dulces, pasteles, puros y botellas de cognac al preso.

Este era visto por sus compañeritos con una especie de consideración res-

petuosa, que ellos mismos se prescribían; y ese sentimiento no era la consideración, ni mucho menos el interés que inspira la desgracia, sino que ¡cosa rara! había algo de envidia en los pollos; algunos de ellos cuando salían de visitar al preso casi deseaban encontrarse en igual posición y ser el objeto de las miradas, de las conversaciones y de los cuidados de los amigos.

Por supuesto que no había uno solo de aquellos pollos que no aplaudiera la conducta de Pío Blanco, porque los que la reprobaban, quiere decir, los amigos de Arturo, no visitaban al preso.

Pío Blanco llegó á convencerse de que había hecho una gracia.

Dos pollos, los más chicos, casi recién emplumados y condiscípulos de Pío Blanco, hablaban así:

¡Canario! dijo uno con voz de mo-

naguillo, ya Pío Blanco es todo un hombre, ha tenido un desafío.

—Se ha batido, interrumpió el otro pollo.

—Y ha matado á su adversario.

—Este duelo no acabó como yo he oído decir que acaban muchos: en la fonda.

—Ya se vé.

—Será cosa en lo de adelante de no hablar recio á Pío Blanco.

—Y tiene fama de valiente.

—¿Y qué le harán?

—¿Cómo qué? nada: ya sabes que estos negocios suelen ser largos, pero siempre se sale bien.

—He oído decir que mudarán de juez.

—Será mejor.

—Y los pollos entraban y salían á la prisión, y Pío Blanco era sin cesar el objeto de las atenciones y los cuidados de sus amigos.

Pedrito había sido de los primeros en visitar á Pío Blanco, pero al día siguiente, Pedrito, Pepe y Pío Prieto esban presos también.

Concha, por lo tanto, no tenía á donde volver los ojos.

¡Pobre Concha!

Concha había entrado al mundo como una alimaña que se hubiese metido quebrando el vidrio de una ventana: había roto el cristal de su pureza.

Después de esta atrocidad la mujer tiene dos caminos: todas lo saben y todas los ven claro.

Concha lo sabía también, y tanto lo sabía que sumó.

—Pío Blanco nada tiene, pensó.

Esta frase la pronuncia la mujer, haciendo una suma en la que el corazón es un guarismo.

Cuando la mujer piensa así, su operación aritmética siempre le dá un buen resultado.

Concha estuvo sola nueve días.

Al décimo se encerró en su tocador y comenzó á vestirse sus mejores prendas.

Se puso un vestido de gró negro adornado con blondas, terciopelo, y abalorios, y ajustó á su cuerpo un elegante saco de terciopelo negro, se cubrió la cabeza con un velo, tomó una sombrilla, un devocionario, un magnífico pañuelo y salió á la calle.

Concha iba á misa: era domingo.

A las once atravesaba las calles de Plateros, y caminaba después entre dos filas de curiosos, colocados bajo los árboles del átrio de Catedral.

Produjo, como era natural, un grande efecto: cada corro refrescó las especies, las palabras «esa es» pasaron de grupo en grupo; la heroína del duelo de Arturo se exhibía al través de un velo negro, velo que daba realce á la

hermosura de Concha, según la opinión de algunos pollos.

Concha se arrodilló y oró.

Dios recibe las oraciones de los justos y de los pecadores.





Entra en escena un Gallo de pelea



CAPÍTULO V

Entra en escena un gallo de pelea con buen espolón y buena cresta

CONCHA salió de misa.

Las puertas del templo dieron paso á una multitud compacta que se extendía como la mancha del aceite, como una oleada, é invadía la calle de árboles del átrio.

Estos árboles cubrían á muchos pájaros. Reclinados en un tronco á manera de tábanos, estaban dos solterones de á cincuenta abriles, asíduos concurrentes á aquel lugar todos los domingos de diez á una: más allá es-

taban cuatro pollos, después algunos colegiales ataviados con prendas de Godard y de Salín, algunos empleados de la nueva época acreditando en su compostura la exactitud de la quincena; algunos cronicones apoderados de una banca y rodeados de jóvenes que estaban aprendiendo á vivir en ese *carnet* de ciertas charlas que realmente son un libro abierto, pero cuyas páginas no son de lo más edificantes.

De este grupo, que era de los más numerosos, se desprendió bruscamente un general, hombre de más de cuarenta años, con la barba grís y con cierto aspecto de aseo, de elegancia y aún de refinamiento. Este general era el coronel protector de Pedrito.

Con una rapidéz eléctrica se difundió una sonrisa maliciosa en todo el grupo, todos volvieron la cara para ver alejarse al general.

Concha acababa de pasar.

Todo el grupo los siguió con la vista, y Concha y el general se perdieron por las calles de Plateros.

Concha había notado que álguien la seguía, pero no volvía el rostro: varias veces se paró fingiendo contemplar esa multitud de curiosidades y objetos de lujo, que forman pequeños museos detrás de un cristal en las calles de Plateros y San Francisco. A veces notaba Concha que los pasos que iban resonando detrás de ella cesaban. Ya no le cabía duda, la seguían.

—Si vuelvo la cara, pensó Concha, esta acción deberá traducirla mi perseguidor de este modo: «ya sabe que la sigo» y esto cuando menos es entornar la puerta; fingiré que no le veo.

La mujer, como no tiene alas, está muy mal parada siempre que hay cazador en el cercado. Si la mujer supiera volar ó por lo menos correr, po-

dría decirse en amor que al mejor cazador se le vá la liebre. Pero la mujer empieza por no saber qué hacer cuando la persiguen.

Siempre cree acertar, y siempre yerra.

Siempre cree defenderse, y se entrega.

El general conoció que Concha disimulaba y dijo: ¡bueno! con la misma satisfacción con que un cazador diría «no me ha visto la res.»

Concha creyó que su disimulo era tan perfecto que nadie se apercibiría de que disimulaba, y creyó esto con tanta más razón cuanto que *extrañó* los pasos.

Era que el cazador estaba sobre la pista; y habiendo dado un paso adelante procuraba quedarse atrás.

Por lo visto, el general era buen cazador.

Concha no volvió á sentir los pasos y se vió tentada de hacer una solemne contramarcha.

¿Qué deseaba en aquellos momentos Concha? ¿que la siguieran ó que la olvidaran?

Nosotros no lo sabemos, ni Concha tampoco.

Hé aquí la suerte de una mujer pendiente de un cabello.

Concha se sintió halagada de que la siguieran, y la idea de serle indiferente á *aquél*, quien quiera que fuese, ofendía su vanidad de mujer, y de mujer engalanada.

Cuando la mujer acaba de trazar en el tocador el renglón de la compostura, lo coloca como los impresores, entre dos manecillas: de aquí nace que la mayor ofensa que podeis hacer á una mujer compuesta es no verla.

Concha, como hemos dicho, se había

engalanado, había comenzado por calzarse unos pequeños botines de raso negro, adornados con cuentas y encajes, se había ataviado competentemente, no la faltaban ni el lujoso libro de misa ni el magnífico pañuelo, ni el velo, esa indecisión encantadora y provocativa, esa interposición seductora que se llama velo, y detrás del cual la mujer os acecha y os hostiliza con ventaja y premeditación.

Las mallas del punto negro, os ofrecen la hermosura como el follaje de las florestas os presenta el horizonte tornasolado de la tarde.

Vuestra ilusión entonces, aunque no seais pintor, completa las líneas que el velo deslíe en un vapor formado de hilos negros.

Cuando Concha echó de menos los pasos pensó en todo esto: le parecía que sus botines estaban irreprochables

porque en «El botín de los novios» saben calzar admirablemente: juzgaba además que aquel saco de terciopelo negro lo había confeccionado Celina, y pensaba, en fin, que el más exigente de los genios del gusto y de la moda la encontraría vestida con toda la elegancia y coquetería apetecibles.

Concha cambió de repente de opinión, como si la veleta de su sexo hubiera recibido el aletazo de un viento contrario, y dijo para sí:

—¡Qué sé yo que pobre diablo será el de los pasos! vale más no volver la cara, porque sería desgarrador encontrarme con un palurdo ó con un viejo: por otra parte, pensó entrando en una nueva serie de ideas de distinto género, ya no debo amar á nadie, Arturo ha muerto, Pío Blanco.....

Al llegar aquí Concha se ruborizó.

—Pío Blanco está preso, mi herma-

no también y sería yo una loca si pensase... Decididamente voy á ser una mujer juiciosa y Dios me ayudará.

Y como si todo esto fuera lo que Concha sentía más vivamente, creyó tomada su última resolución y anduvo más de prisa.

Al cabo de un rato sintió los pasos y después la voz de una persona que casi al pasar junto á Concha dijo:

—Adios, general.

—¿Será general? pensó Concha con la velocidad del rayo.

Un soldado inválido se acababa de parar, cuadrándose al frente y dirigiendo la vista en dirección del perseguidor de Concha.

—Sí es, pensó ésta, y experimentó cierto ofuscamiento, sus ideas se confundieron, y en aquellos momentos no predominó en su ánimo resolución ni pensamiento alguno.

El principio de toda caída es ese desvanecimiento siniestro.

Todos los malos pasos son precedidos de un sopor que parece ser el aliento de la fatalidad.

Concha entró en su casa como si acabara de sucederle algo, y en realidad no tenía más enemigos que su pensamiento y el ruído de unos pasos.

En la senda de lo indeterminado y de lo porvenir, la mujer lleva sobre el hombre la ventaja de los presentimientos.

Concha entró en su lindo dormitorio; ya estaba aseado, había desaparecido ese desórden del campo de batalla, los cofres habían vuelto á cerrarse, los botes de pomada habían vuelto á guardar bajo el tapón su volátil esencia, no sin haber impregnado la atmósfera del retrete, comunicándole no sabemos qué de sensual y de confortable.

Concha, antes de arrojar el velo, dirigió una mirada al espejo. Así la había visto el general, con velo; en seguida lo arrojó y se dejó caer en un magnífico confidente de brocatel azul, así permaneció un largo rato.

El pensamiento de Concha pasaba por una de esas oscuridades indefinibles, que son una parálisis.

Ni ella misma sabía en qué pensaba.

Se podía decir, propiamente, que estaba desprevenida.

El cuerpo de la criada se dibujó en la puerta.

Buscan á usted, dijo.

Concha se extremeció, tuvo miedo, tembló y no supo qué contestar.

Había algo en la fisonomía de Concha, que la criada tradujo por una sonrisa, y desapareció.

Un momento después, el general estaba delante de Concha.

Concha iba á pararse, pero se le doblaron las piernas.

El general saludó con suma gracia.

Concha estaba sintiendo esa impotencia parecida á la de ciertos sueños, ese embargamiento irresistible del susto que retiene la secreción de la saliva y que impide toda acción.

El general se sentó junto á Concha.

—Perdone usted, señorita, mi atrevimiento; pero estoy locamente enamorado de usted.

—Pero, caballero, dijo Concha con extrañeza.

—Conozco que debe usted culparme; pero lo hecho no tiene remedio.

Conozco que la posición de usted es muy delicada, y que después de los acontecimientos desgraciados de que todos nos lamentamos, quedaba usted expuesta á ser la burla de algún mal caballero.

Yo vengo á ofrecer á usted no solo mi corazón, sino el aseguramiento de su porvenir. Tiene usted un hermano, de cuya suerte me he encargado ya.

Hay un resorte noble y poderoso en el corazón de la mujer, que la hace superior á toda seducción.

Concha sintió que se rebelaba algo en su interior, como la dignidad suprema; y la pobre hija de Doña Lola y Don Jacobo, la polla humilde se revistió de altivez de la dama, y colocada en ese pedestal á que tienen derecho todas las mujeres que defienden su pudor, lanzó una mirada de sublime orgullo al general.

El general bajó los ojos, porque también en el corazón del hombre hay, en todas las circunstancias de la vida, un resorte sensible que cede ante el derecho y ante la justicia.

El gran señor, el opulento, el nove-

lesco general, se había sentido humillado ante aquella mujercilla débil.

Hubo un momento de silencio.

El general procuraba rehacerse.

Concha estaba conociendo que había obrado bien.

Concha tenía su causa á su favor, y se sentía con fuerzas para luchar.

El general hizo lo que todos los calaveras, abandonó el terreno legal para armarse de osadía y cinismo.

Confío, prorrumpió al fin, en que los escrúpulos desaparecerán en breve.

—¡Los escrúpulos! repitió desdeñosamente Concha.

—Estoy dispuesto á todo.

—En ese caso...

Y Concha dirigió una mirada á la puerta.

—Menos á marcharme, se apresuró á decir el general.

—¡Ah! dijo Concha con profunda ironía.

—Sea usted razonable y hablemos como buenos amigos: la amo á usted.

—¿Desde cuándo?

—Hace un siglo.

—No soy tan vieja.

—El amor no envejece.

—¿Y los militares? preguntó Concha fijando sus ojos expresivos en los cabellos del general.

—Son siempre jóvenes.

—Pero no siempre ganan.

—Peleando...

—Aquí pierde usted, señor general.

—¿Qué?

—El tiempo.

—¡Quién sabe!

—Es usted presumido.

—El amor es tenaz.

—Como los viejos.

—Vamos, hermosa Concha, veo que he logrado volver á usted su jovialidad.

—¿Porque me río?

—Sí.

—Es que no debo tomar por lo serio ninguna burla.

—Yo no me burlo.

—Se divierte usted, caballero, y como no me ha bastado indicar á usted que debía marcharse, me veo precisada á tolerar su visita.

—Yo procuraré que llegue á serle á usted agradable.

—Es difícil.

—Poniendo todos los medios, así lo espero: por ejemplo, si le repito que es usted una mujer encantadora, cuyos ojos...

Concha miró al general.

Se había movido en Concha otro resorte.

El amor propio de la mujer está siempre entre ella y su virtud.

El general vió desfilar sus avanzadas.

Acercó su silla.

Concha recojió la orla de su vestido negro.

—Conchita, dijo el general como si rectificara sus posiciones: me encantan los desdenes de usted.

Concha miró al general.

—Y sus ojos, añadió éste.

Concha los cerró.

El general acercó más su silla, y como Concha no lo vió porque tenía los ojos cerrados, no recojió la orla de su vestido negro.

—Aseguro á usted, Conchita, que vamos á pasar una tarde muy divertida.

Concha intentó levantarse.

—Es inútil, dijo el general.

—¿Inútil? preguntó Concha con extrañeza.

—Me he permitido proporcionar á la criada de usted la inocente diversión

del teatro: se dá el Jorobado, y la pobre muchacha vá á estar muy contenta. El Jorobado es muy bonito.

—¿Sí?

—Es de Juan Mateos.

—Ya lo sé.

Hubo una pausa.

—Quiere decir, caballero, dijo Concha de repente, que usted ha tomado posesión de mi casa sin mi consentimiento, y ya dispone usted hasta de mis criados.

—Pido á usted mil perdones.

—¿Y me deja usted sin una persona que me sirva la mesa?

—Aquí estoy yo.

—Muchas gracias.

—Soy hombre prevenido.

—¡Pero qué es lo que oigo!

—Que me he permitido el placer de que comamos juntos.

—¡Pero caballero!

—Pido de nuevo perdón; pero ya está aquí la comida.

—¡Hola! dijo en seguida en voz alta, y como en una escena de comedia aparecieron dos criados del Hotel de Iturbide con una gran charola y trastes.

—Aquí, dijo el general acercando á Concha la mesa redonda.

—Pero...

Los criados saludaron ceremoniosamente y comenzaron á colocar los platos y los cubiertos.

Concha estuvo á punto de violentarse; pero conoció que era dar un escándalo inútilmente, se sintió humillada y le pareció que aquel hombre llevaba su audacia á un término increible: bajó los ojos, los ocultó entre su pañuelo y se puso á llorar.

Los criados, después de haber colocado el primer servicio, se retiraron.

—Es muy triste que se ponga usted

á llorar en los momentos de tomar la sopa, dijo el general. Es necesario que tenga usted más calma y que se preste usted á entrar en amena conversación.

Concha mordía su pañuelo, conteniéndose para no estallar.

—Caballero, dijo al fin levantándose, me veo precisada á decir á usted que está abusando cobardemente de mi aislamiento y de mi posición; pero por desvalida que parezca, todavía me considero con la entereza suficiente para echar á usted en cara su proceder y para suplicarle que se retire.

—Van á notar los criados lo que aquí pasa.

—Lo deseo así.

—¡Qué dirán!

—Me ampararán si los llamo.

—Es difícil, están gratificados.

—Para servir, pero no para ser infames.

— Conchita, es inútil toda resistencia.

En último resultado, después de comer ó somos dos buenos amigos, ó me despidiré de usted para siempre.

—Es que ni por un momento consentiré en que esta escena se prolongue.

—Celebro que haya usted tomado esa resolución, porque el cambio me será favorable.

—Ya basta, dijo Concha golpeando el suelo con su pequeño pié. Ordeno á usted que salga.

—Tengo el sentimiento de desobedecer á usted.

—¿Pretende usted acaso conquistar mi aprecio por medio de una conducta tan extraña y tan nconveniente?

—Precisamente.

—Hasta ahora no se ha hecho usted acreedor más que á...

—¿A qué?

—¡A mi odio!

—Ya es un paso. Si usted se estuviera riendo, me vería tentado de plegar mis banderas; pero empieza usted por odiarme y el odio es una de las puertas del cariño.

—No he de amar á usted nunca.

—Usted se engaña.

—Detesto á los hombres fátuos.

—Pero la fatuidad es un defecto que desaparece en la primera transacción, y sobre todo, Conchita, todo lo que estoy haciendo es incoherente, descabellado, torpe, si se quiere, pero usted tiene la culpa.

—¡Yo!

—Usted me ha enloquecido con sus ojos, y por la primera vez en mi vida siento en mí los efectos de una verdadadera pasión. Si yo perdiera la esperanza de ser amado por usted, me suicidaría.

—¡Qué horror! dijo Concha en tono de profundo sarcasmo.

—Búrlese usted de mí, pero no hará más con esto que exarcebar mis sentimientos; desprécieme usted pero no conseguirá más que poner á prueba mi constancia, porque lo que pasa aquí no es una burla, no es un entretenimiento, es una resolución irrevocable, porque nace de mi profunda convicción y de mi amor, de un amor que he sentido desde que la ví á usted por la vez primera.

—¿Dónde? preguntó Concha sin reflexionar en lo que hacía.

—En el teatro, contestó el general, reanimado con la pregunta de Concha; aquella tarde iba usted vestida de azul, estaba usted encantadora, y desde entonces no he podido olvidarla, la he seguido á usted por todas partes, he rondado al pié de su balcón y me

había conformado con ver á usted de lejos y con amarla en secreto; pero cuando he sabido la desgracia de usted y he contemplado su situación, me he decidido á dar este paso, á arrostrar hasta con su cólera, pero para poderla decir que no está usted sola en el mundo, que hay un hombre que vela por usted y que la protejerá y la cuidará en todo tiempo; y si mis palabras en nada logran conmover su corazón, me conformaré con ser su protector, su padre, su escudo, aunque usted no llegue á amarme nunca: no osaré por otra parte colocarme en otra posición ni recibir de su cariño ó de su desprecio más que lo que la voluntad de usted me otorgue libremente. Si algún día llega usted á tener piedad de mí, lucirá ese día para mí como la aurora de mi felicidad, y si jamás llego á tocar esa dicha me resignaré con mi suerte,

pero tendré el consuelo de amar á usted como nadie la ha amado en el mundo.

En seguida reinó en la habitación un silencio solemne.

Concha estaba leyendo en un gran libro, dejando atrás la historia de Arturo como un prólogo inédito.

El general había sabido dar á su voz esa entonación conmovedora de la pasión, y no en vano la oratoria cuenta más triunfos que la verdad y la justicia.

Los actores de la comedia humana se disputan, como los pájaros, la supremacía en las inflexiones de la voz.

La elocuencia de los sonidos está elevada al rango de arte divino.

¿Qué mucho que los cómicos sociales enumeren sus triunfos, sus cadencias, á sus entonaciones y á su conforme á *juego de garganta?*

Concha estaba abismada, y toda la perniciosa influencia de la vanidad y el orgullo la orillaban á una caída segura.

—Después de una larga pausa Concha exclamó:

—¡Estoy sola en el mundo!

—No, Concha, no está usted sola desde el momento en que ha sabido inspirarme una pasión que no acabará sino con mis días.

Los criados de la fonda se presentaron de nuevo trayendo la comida.

Concha al levantar la cara encontró la mirada suplicante del general.

Uno de los criados destapó la sopera.

El general, viendo que Concha no se sentaba, hizo una seña á los criados para que se retirasen.

Cuando estuvieron solos el general continuó:

—Ruego á usted de nuevo, Concha, que acepte este asiento, me someto á sus fallos, estoy pronto á obedecer. ¿Nos sentamos?

Concha se dejó caer en la silla.

¡Gracias! dijo el general con una efusión de ternura increible.

Los criados se acercaron para hacer platos.

Concha fingía comer.

El general había abierto una brecha: el gallo había luchado como valiente.





CAPÍTULO VI

Los pollos fritos

LAS primeras diligencias judiciales acerca de Pío Blanco, habían dado ya lugar á que por la secuela de la causa se viniera á resolver la importante cuestión de la pena.

Al llegar las cosas á este punto, los pollos alegres se tornaron en asustadizos: porque un *rum rum* fatídico había resonado como el graznido del gavilán sobre la cabeza de los pollos.

Este *rum rum* era esto: la última pena.

Pío Blanco empezó á verlo todo negro delante de sus ojos.

El primer día del *rum rum*, Pío Blanco no comió pastelitos, ni bebió copas, ni estuvo decidor.

Le dolía la cabeza.

La muerte tiene irremisiblemente su lenguaje, su expresión polígiota; hasta los pollos la comprenden.

Y nos proporcionan la honra de llamar á un pollo reo de muerte, *un pollo frito*, valiéndonos de una de las frases que hemos oído, (y no es cuento), en boca de los mismos pollos: «*estoy quemado*, *estoy tostado*, *estoy frito*.»

Pío Blanco, segun él mismo decía, estaba frito.

La negra imágen de la muerte, cariacontecía al pollo insustancial; pensaba, por la primera vez en su vida, en algo muy sério, se figuraba ahorcado, sacado á la vergüenza, escarnecido.

En tal grado de abatimiento y desazon, lo encontró una de sus cuotidianas visitas.

—¿Qué tienes, Pío? te veo triste, le dijo el pollo recien venido, que era en efecto otro barbilindo como Pío Blanco

—Nada, contestó este.

—¿Cómo nada? estás triste.

—Es cierto.

—¿Pero qué motivo?

—Anda el *rum rum* de que me sentencian á muerte.

El barbilindo entonó una carcajada en octava alta.

La carcajada del pollo tiene algo de la escala cromática.

Por otra parte, es muy difícil que un pollo se ría solo.

Pío Blanco rió también.

¡Qué hermosa es la edad de la risa! la risa es el pío de los pollos, y todos los pollos pían al mismo tiempo.

—¡No seas estúpido! continuó.

(El *carnet* de donde está tomada esta historia conserva el tipo original del lenguaje expresivo de los pollos, que no es para libros. Nota del autor.)

— ¿No consideras, continuó el barbilindo de la escala cromática, que la horca es para los *mecos?*

(En el caló del pollo, *meco* es *pobre*. Esta es otra nota del autor.)

—Sí, replicó Pío Blanco; pero dicen que el juez es muy malo.

—Por malo que sea ¿crees que siendo yo sobrino del gobernador?.... ¡bah! ¡bah! ¡pues no faltaba mas! Yo te garantizo que no te hacen nada. La levita, chico es una garantía social; ¿á cuántas *personas decentes* has visto ahorcar?

—Eso no impide que pudiera yo ser la primera.

—No estás solo en el mundo, tie-

nes amigos, tienes relaciones. No hay mas que ver tu prisión convertida en tertulia, no hay mas que oir las conversaciones de las muchachas en Bucareli, en el teatro, en todas partes, para convencerse de que entre el reo de muerte y tú hay una distancia considerable.

Por otra parte, continuó el pollo tomando ese aire solemne peculiar de este bípedo, ese aire de personaje en ciernes, con el que el pollo toma actitudes cómicas, hilvana frases pomposas, y sazona su conversación con una que otra blasfemia de piloto ó de carretero.

Este pollo estaba retratable, se había puesto á horcajadas en la silla, apoyando los brazos en el respaldo, y prosiguió de esta manera:

—Por otra parte, chico. Si tú has matado á Arturo, fué en un lance de

honor del que nadie está exento, y en probando que fuiste provocado y conducido por honor al sitio del combate, te salvas irremisiblemente.

—Tienes razón; y por otra parte, yo creo que no hay ninguna ley que obligue á un hombre á ser cobarde.

—Ya se vé que no la hay.

—El tuvo la culpa.

—Mira, en eso hay su más y su menos.

—¿Por qué?

—Porque tú le enamoraste á Concha.

—Parvedad de materia, chico; él me había enamorado antes á otra y no me quejé ni la eché de guapo: bien es que no consiguió nada.

—¿Y tú?

—Ya sabes, chico, ya me conoces.

—¡Pobre Arturo!

—Puedes creer que lo siento y te

asegura que yo no creí matarlo: el tiro de mi pistola lo disparó el diablo, porque yo no me acuerdo haber apretado.

—Lo que yo creo que sucedió fué, que tú, asustado, estiraste por un movimiento nervioso.

—Eso ha de haber sucedido. ¿Conque tú crees que no me condenarán?

—Estoy seguro. Ya sabes que cierta persona muy amiga nuestra está en el negocio, y sobre todo, ¿sabes á quien vas á deber tu salvación?

—¿A quién?

—A Andrea.

—¿Es posible?

—Es infatigable en sus empeños, y la pobre está tan afectada que no habla de otra cosa.

—Pues no ha venido á verme más que una vez.

—Como que tu cuarto está siempre tan concurrido.

—No debo quejarme.

—Cómo que no se habla de otra cosa en todo México.

—Mira que lindo *bouquet* (un pollo nunca dice ramo) me han regalado las Gonzalez.

—¡Hola! dijo el pollo mirando de reojo un lindo ramo de pensamientos, heliotropos y violetas.

—¿Y lo has descifrado?

—Naturalmente: ya sabes que las Gonzalez son fuertes en el lenguaje de las flores, y yo.....

—¿Y qué has sacado en limpio? ¿qué es lo que dice ese *bouquet*?

—Dice: «Pensamos en tu amor, jóven modesto.»

—*Pensamos*, repitió el pollo visitante, lo comprendo por los *pensamientos*. «En tu amor.....

—Por el heliótropo morado y blanco, interrumpió Pío Blanco.

—*Modesto* por las violetas; pero la palabra joven no la comprendo.

—Mira este clavel rojo en botón que está en el centro de las violetas.

—Es cierto.

—Esa es una de las conquistas que pensaba hacer.

—¿Y ya no lo piensas?

—¿Pero qué quieres que haga en este maldito cuarto?

—Pronto saldrás, y te ofrezco acompañarte á hacer tus primeras visitas para ser testigo de la emoción que vas á causar, porque después de todo, chico, un lance como el tuyo lo hace subir á uno en la estimación de las gentes.

Llegaban aquí cuando se abrió la puerta de la habitación y aparecieron el alcaide, el escribano y un escribiente con dos soldados.

Venían á llevar á Pío Blanco ante

el juez, para dar nuevas declaraciones.

Pío Blanco se puso descolorido y salió, custodiado hasta llegar á la presencia del juez.

Apenas salió Pío Blanco de su habitación y fué percibido por los presos del patio, se levantó un murmullo sordo y llegaron distintas á los oídos del pollo algunas frases por este estilo:

—Oye, tú, ¿qué *levita-ba?*

—Pues será lo *roto.*

—*¿Pos qué* también?

—¡No digo! *¡cuantimás!*

Pío Blanco se puso encendido como el botón de clavel de su gran *bouquet* porque comprendió la intención de aquel *caló* insultante.

Enseguida compareció ante el juez.

Pío Blanco estaba en verdadero punto de pollo frito.

Aquel aspecto imponente y severo del ceremonial, aquellas figuras gra-

sientas y repuguantes de los empleados del juzgado y de los adláteres, tinterillos, apoderados y reos, más ó menos taciturnos y displicentes; algunas mujeres de mala vida en acecho en los corredores y avenidas de los juzgados; el ruído incesante de los presos que vagan en los patios; el tragín de los destinados á la limpieza; el cerrar de puertas y cerrojos; el golpeo seco de los fusiles de los centinelas y escoltas de los reos que se cruzaban en varias direcciones, y ese conjunto de sonidos sólo peculiares del lugar donde la ley reune al criminal y á la justicia, todo produjo en el ánimo de Pío Blanco una emoción indescribible.

Se nos había olvidado presentar á Pepe á nuestros lectores, y vamos á cumplir con esta prescripción de la buena crianza.

Pepe era uno de esos pollos que

brotan de la noche á la mañana, como la flor de San Juan; de esos pollos que empluman en chiribitil y se exhiben el día menos pensado, ingresando sin ceremonia á la carpanta.

Por lo que á nosotros toca, diremos que Facundo se lo encontró un día en el jardín del Zócalo cuando este jardín llevaba poco tiempo de plantado.

Hé aquí las circunstancias de su conocimiento.

Una masa compacta de curiosos avanzaba precipitadamente, disputándose ver algo de lo que pasaba á un señorito elegante que sostenía acaloradamente un altercado con dos guardas diurnos.

Era un pollo cuyas mejillas aparecían color de cresta, en virtud del bochorno que estaba sufriendo.

El pollo era Pepe.

Tenía en la mano un cuerpo de delito.

Este cuerpo de delito era una flor.

—Yo no la he cortado, decía Pepe.

—Y á mí qué? le contestaba un diurno ex-carbonero, esa es la orden del señor Trigüeros.

—Pero esto es una injusticia.

—Después se quejará con *quen* corresponda, decía el otro diurno ex-veterano.

—Que se lo pongan, agregó un policía de á caballo recién metido á hombre de bien.

—Que se lo pongan, repitió un muchacho; ¡que se lo pongan! gritaron cien voces en coro, y el grupo ansiaba ver la repetición del espectáculo, que algunos días había sido ya la diversión de los transeuntes.

Pepe dirigía en vano sus miradas inquietas en derredor de sí, buscando

una alma caritativa que lo pudiera librar del tormento que le amenazaba; pero los diurnos que para testarudos nacieron, hacían gala de su rigor y de su celo por el cumplimiento de la ley.

Varias veces se acercó Pepe al oído de sus verdugos ofreciéndoles una propina; pero no había remedio, aquellos caribes no se dejaban seducir, pues su firmeza era el resultado de estas tres cosas:

En primer lugar eran indios; en segundo lugar tenían armas; y en tercero, se trataba de un ser indefenso; de manera que de las bruscas negativas pasaron sin dificultad á las vías de hecho.

La negra mano de uno de los diurnos tenía asido el brazo espigado del pollo, mientras el otro ejecutor le colgaba á Pepe, á guisa de escapulario, un tablita blanca con este letrero: «*Por destructor.*»



Por destructor

Apenas sintió Pepe Pardo el sambenito se rebeló y empezó á retorcerse y á sacudirse entre los dos guardias que le ajaban los cuellos y los puños de la camisa, daban al traste con el *chic* del peinado y la corbata, y hacían del pobre pollo la más descompuesta y ridícula figura que puede imaginarse. El concurso reía con un buen humor admirable, porque todo aquello, en último resultado, no era más que una escena cómica sin trascendencias: los gritos de la multitud crecían por momentos y aquel rumor estrepitoso de risas iba trayendo á un centro como hormigas á muchos transeuntes, á los concurrentes al átrio de Catedral, á los cocheros del sitio que formaban el mosquete más imponente y mordaz, á los cargadores, á los vendedores de golosinas y á todo el mundo.

Los empleados en el ministerio de

la guerra abrieron algunos balcones, los centinelas de palacio llamaron al cabo cuarto para denunciarle al peloton de gente, conforme á ordenanza; los empleados del gobierno del Distrito abrieron tambien sus balcones, y ansiosos salían á contemplar la práctica de la providencia gubernativa con esa satisfacción propia del que dicta, escribe, lleva ó comunica las órdenes superiores, y por lo tanto está colocado sobre las víctimas.

Codeando, empujando y abriéndose paso con mil trabajos al través de aquella masa compacta de curiosos, caminaba Pío Prieto en socorro de su desgraciado amigo Pepe, hasta que logró colocarse á su lado.

—No seas bárbaro, Pepe, le dijo Pío cuando estuvo á su alcance; tú no sabes la Biblia.

Y tomándolo del brazo se disponía

á marchar con él en medio de la escolta que ya era de ocho guardas de policía; pero viendo que se resistía, le quitó el rótulo del cuello y se lo plantó Pío con aire de triunfo, y comenzó á andar, llevando del brazo á su amigo en medio de un aplauso general y de la risa de los concurrentes.

Pío con esa vivacidad y desenvoltura propia del pollo, se contoneaba, hacía cucamonas y reía con los curiosos, procurando dar á aquella escena el carácter de un verdadero juguete.

Pepe respiró y comprendió cuán torpe había sido en resistirse.

Los pollos dieron cabales las dos vueltas prescritas en la orden, en torno del jardín, y devolviendo el cartel á los guardas les dijo Pío:

—Ea, muchachos, á ponérselo á otro, porque ya me cansó esa tabla. ¡Adios, hijitos!

Un nuevo aplauso acabó de acreditar á Pío y de lisonjear su vanidad de calavera.

La reunión se disolvió, y Pío Prieto y Pepe se dirigieron acto contínuo á la pastelería de Plaisant á tomar un ajenjo, licor muy á propósito para atudirse después de las pasadas emociones.

Pepe Pardo era hijo de un sastre de Morelia: á los catorce años y en virtud de esa ley de que hemos hablado, que mejora las generaciones, encontró un día muy prosáico el dedal y muy oscuro el porvenir: comprendió que en Morelia, siendo hijo de Pardo el sastre, no podía aspirar á nada; y hurtando un día á su padre cincuenta pesos, declaró su independencia y se echó á andar por esos mundos de Dios.

Oscuro, pobre y desarrapado, llegó á México, y hubiera descendido hasta la última degradación, si un señor muy

caritativo no le hubiera proporcionado una plaza de dependiente; y si hemos de creerlo á él mismo, no conoció á su madre, ni tuvo jamás noticias suyas.

Pepe Pardo vivía, pues, como el pez en el agua. Como no sabía hacer otra cosa que medir, era dependiente de una casa de comercio, en la que sus patrones no creían haber encontrado en Pepe otro Ciceron.





CAPÍTULO VII

Las pollas copetonas

FALTARÍAMOS á las reglas de estricta justicia si nos dejásemos en el tintero ciertos apuntes relativos á las pollas de alto copete, supuesto que nuestra pluma se ha deslizado ya en el terreno de las observaciones con respecto á las pollas de baja estofa.

Sara y Ernestina nos han ministrado á su vez el material de este capítulo, y comenzaremos por describirlas.

Sara estaba clorótica.

Ernestina también.

La raza meridional se despide dejando por recuerdo esta generación enclenque de productos gallináceos cuya constitución médica es la anemia.

Esta degeneración peculiar de los grandes centros de población, se hace más palpable en México á merced de las condiciones climatéricas que se apresuran á preparar una raza liliputiense; y eso con la imprescindible ayuda de las píldoras de Blancard, del fierro de Quevenne, de la bola de Nancy y del aceite de hígado de bacalao.

El último ser del reino animal exhausto y débil, pide ya socorro al reino mineral siempre fecundo.

Una de las grandes cuestiones que han preocupado siempre á la humanidad es ésta:

La manera de ser.

Y la política, la moral y la filosofía,

nunca han descansado en la ímproba tarea de arreglar nuestro viaje por el planeta.

Pero hoy la ciencia tiene que ocuparse preferentemente en asunto de más vital importancia; y clama sobresaltada.

Esperad, porque no hay sugeto.

Están desertando las niñas de las filas de la pubertad; la precocidad de la inteligencia, el desarrollo moral están cortando todos los botones del jardín y nos vamos á quedar sin flores; ¡esperad!

Las pollas se dan prisa y la sangre de estos pimpollos escasea, languidece, se agota; ¡esperad!

Esperad á que el carmín de los quince colore las mejillas.

Escabasse contesta con la vigésima importación en el año de cien cajas de colorete extrafino.

La palidez amarillenta, serosa de la anémia aun no desaparece; esperad.

Cien avisos de cremas al bismuto, de blanco de perla, y de cascarilla de la Habana, se ríen con su brevete de invención de la ciencia médica.

Esperad aún, los cabellos caen como el pasto sin riego, esperad á que se fortalezcan, porque habiendo sangre....

Dos mil muertas se agitan en sus tumbas echando de menos sus cabelleras, que se quedaron en el mundo para dar más guerra de lo que las mismas propietarias pudieran imaginarse.

Las que se van han adquirido la costumbre de dejar sus cabellos á sus sucesoras: no hay que apurarse por cabellos.

Esto no tiene remedio.

Sara y Ernestina crecían así, luchando, elaborándose, completándose, la cabeza con crepé de muerto, la tez con *aquarella*, la estatura con tacones, el cuerpo con cogines y la sangre con fierro.

Como eran ricas, tenían médico y además maestro de piano.

Sara y Ernestina cantaban y tocaban.

Pero las bases y condiciones constitucionales de la cantatriz, faltaban á las pollas En aquellos pulmones no había aire, el fuelle estaba comprimido y era insuficiente, y Ernestina cantaba una Traviata, para taparse los oídos. Su voz convencional no *atacaba* las notas, las atrapaba, *modulaba* pujando, *subía* chillando, *respiraba* jadeando, y *bajaba* graznando; pero cantaba la Traviata, según todos los vecinos y según ella misma.

Sara solía acompañarla al piano y algunos pollos solían formar la claque.

De las tres bellas artes, la música es la que hace más víctimas.

Se puede uno librar de un mal poeta y de un mal pintor, pero de un mal músico jamás.

Al pintor y al poeta los elude la voluntad, pero si un mal cantante se os para enfrente, armáos de resignación: sus ensayos y sus *gallos* y todos sus mortales esfuerzos, pertenecen á todo el que tenga oídos.

El cantante no puede ocultar el borrador.

Los vecinos de un músico apechugan con los borradores y con las copias en limpio.

Por este grave inconveniente, Facundo abandonó la música: tuvo á tiempo compasión de su auditorio.

Ernestina no abandonó la música, al contrario, después de la Traviata puso el vals de Ascher.

El papá y la mamá de Ernestina pasaban unos ratos deliciosos. No sabían música por supuesto.

Sara y Ernestina eran primas; pero tan iguales como si lo fueran de gui-

tarra, tenían la misma voz, el mismo cuerpo, el mismo pié, tomaban las mismas píldoras, se bañaban juntas en la Alberca Pane y en Chapultepec y se querían mucho.

En cuanto á higiene, como el médico les había recomendado muchas cosas buenas, iban á la Alameda al clarear de las diez, se desvelaban y comían poco, oían misa de doce en Catedral los domingos, y en cuanto á instrucción, sabían hasta de memoria las confesiones de Marion Delorme, las gracias de Ana de Austria y todo lo que se aprende de historia en las novelas de Ponson du Terrail.

Sara y Ernestina, estaban amenazando á la sociedad con convertirse de un día á otro en madres de familia: por lo demás, eran caritativas, habían vestido á Concha según sabe ya el lector.

Estas dos pollas finas, tenían muchas amigas, muchos pretendientes, muchas visitas y muchos deseos de no quedarse para vestir santos.

El médico llegó á juzgarlas tan faltas de sangre, que las obligó á desayunarse á la puerta de un matadero con sangre caliente de borrego; medicina en boga y por medio de la cual los hijos de Esculapio piden al ganado lanar lo que la raza gallinífera pierde cada día.

Todo lo cual no impedía que Sara y Ernestina fueran dos pollas de moda, concurrentes asíduas á todas las funciones gratis, á todas las comedias de aficionados y á todos los bailecitos.

Una nube de pollos las rodeaba, y cada uno de ellos ponía su grano de arena en el curso teórico de amor; pero cada uno de ellos estaba muy lejos de formalizarse en tales asuntos.

La noticia de la muerte de Arturo, cayó en aquella parvada como un pellejo de carne.

—¿Qué dice V. que desgracia, Alberto? decía Ernestina, ¡pobre Arturo, tan joven, tan elegante y tan simpático!

—Que quiere V., hija, contestó Alberto con resignación de general en jefe; los hombres estamos en el mundo para eso ¡qué diablo! un lance cualquiera lo tiene, yo me he batido dos veces

—¿Es posible?

—¡Vaya!

—¿A ver, cuente usted eso?

—Tenía yo una chica, y cierto fastidioso me la quiso burlar en mis barbas; y no hubo más, nos batimos.

—¿Y qué?

—Nada; que después supe que nuestros padrinos habían cargado las pistolas, retacándolas, para que subieran los tiros, y no nos hicimos nada.

—¡Ah! ¡así qué gracias!

—Pero, es que nosotros no lo sabíamos, y lo que es yo le confieso á V. que tuve *mi cacho de cuidao*.

¿Y Sara? continuó el pollo para cambiar de asunto.

—Le ha dado un ataque de nervios espantoso.

—¿Por la muerte de Arturo?

—Sí.

—¿Qué, lo quería?

—Vea V. Arturo.... ya lo conocía usted, era muy enamorado y á Sara le decía unas flores que ... oiga V... se iban haciendo peligrosas.... figúrese V. que se trataban de esposos.

—¿Cómo?

—Sí; entraba Arturo y le decía á Sara: ¿Qué haces, esposa?

—¡Esposo, buenas noches! contestaba Sara, y así era siempre, y luego con una gracia que se despedía diciendo:

—¡Esposa, adios, bendita seas!

—¡Hombre! exclamó Alberto, ¡qué bonito! voy á aceptar esa frase; con que..... ¡Adiós, esposa, bendita seas! ¡bueno! Yo tengo dos ó tres amigas á quienes les digo «esposa» y esta noche voy á despedirme así: ¡Adios, esposa, bendita seas!

—Arturo decía que eso se lo aprendió á Zorrilla.

—¿Con qué decía usted que á Sara le dió ataque de nervios?

—Sí.

—¿Y cómo estuvo eso?

—Figúrese usted que le dan la noticia de sopetón y lo primero que hizo Sara fué caer como herida de un rayo.

—¿Y cómo cayó?

—En los brazos de su primo; vea usted que fortuna, que si no hubiese estado allí ese joven, de seguro se mata Sara.

—¿Y luego?

—Eso fué retorcerse y voltear los ojos en blanco; vamos, una convulsión espantosa; vino el médico y Sara privada, y esto fué trabajo; por aquí sinapismos, por allí baño de brazos, álcali y frotaciones con cepillo; y vamos, la escena fué terrible.

—¿Pero, se le pasó?

—Sí; pero todavía sigue tomando el valerianato de amoníaco; ¡pobre Sara!

—¡Sí, pobre Sara! ¿Y usted?

—Yo soy fuerte, me he enfermado también, pero no como Sara.

Todos los pollos en aquella casa se vistieron de luto y de la noche á la mañana y de la mañana á la noche no cesaban de hacer comentarios sobre la catástrofe, y algunos barbilindos sacando partido de las circunstancias, consideraron como muy favorable la de tener necesidad de consolar á las pollas aflijidas.

Consolar es siempre una misión grata, que se desempeña con gusto, especialmente cuando se trata de consolar pollas.

Uno de los principales triunfos de las virtudes, es que los vicios les usurpan su forma para cubrirse; Alberto, por ejemplo, al saber la muerte de Arturo pensó en sustituirlo en el cariño de Sara; pero enamorarla durante el duelo hubiera sido torpe, de manera que Alberto se ciñó á consolarla y tras de esta obra de misericordia tejía el pollo su red.





CAPÍTULO VIII

La ensalada se sazona con pimienta y sal y se revuelve

Teníais muchísima razón, Mr. Honorato de Balzac, hombre privilegiado, profundo filósofo, gran conocedor de la sociedad, vos que con vuestro escalpelo literario disecásteis el corazón humano; vos que con vuestro talento superior supísteis introduciros en el mundo espiritual, y revelar al mundo pensador los tenebrosos y complicados misterios del alma; teníais razón en pararos á meditar mudo y absorto, y de abismaros en la contem-

plación de este dédalo de misterios que se llama corazón humano. Prestadme algo de vuestra sublime inspiración, un ápice de vuestro ingenio, una sola de vuestras penetrantes miradas, para contemplar á mi vez á mis personajes, pobres creaciones engendradas en la noche de mis elucubraciones y de mis recuerdos.

Yo también suspiro por el mejoramiento moral, yo también deseo la perfectibilidad y el progreso humano; y escritor pigmeo, lucho por presentar al mundo mis tipos, á quienes encomiendo mi grano de arena con que concurro á la grande obra de la regeneración universal.

De tan alta consideración son las razones que me han obligado á escribir mi Ensalada de pollos.

Los pollos son la generación que nos sucede, la semilla que ha de fruc-

tificar mañana, y la que atestiguará ante la posteridad, que los barbados de hoy no pasábamos de gallos tolerantes y olvidadizos para con la preciada prole, esperanza nuestra.

Nuestros pollos están emplumando á toda prisa, su canto es ronco con uno que otro falsete exprimido y chillón, y caminan sin detenerse en esa senda oscura, objeto de nuestras graves reflexiones.

Blanco, Prieto y Pardo están sueltos, están en libertad: sucedió lo que nos pensábamos, lo que pensaban los amigos del homicida.

Vamos á entrar en el relato de hechos de un orden superior, en pos de los pollos de esta ensalada. Al grano, porque el grano es necesario para los pollos.

Pío Blanco, Pío Prieto, Pepe y Pedrito, cuya pista habíamos perdido, están juntos.

Ocupan un simón, ¡terrible síntoma! este simón atraviesa á eso de las ocho de la mañana la plazuela de San Pablo.

Los pollos están vestidos de domingo, pero con trage de campo.

Dentro del simón vá una caja de vino, otra de puros y algunas latas de pescados en aceite.

Toman la dirección de la calzada de la Viga y llegan á la orilla del canal, que por ser la orilla y embarcarse allí los paseantes, se llama el embarcadero.

Arrástranse perezosamente en el fango más de veinte canoas planas, cada una de las cuales tiene en su proa un marinero de agua dulce, de raza indígena pura, y que de náutica y océanos saben tanto como de latín: aquellos pilotos medio desnudos, ofrecen en tumultuosa algarabía sus embarcacio-

nes al aproximarse el coche que conduce á los pollos.

Éstos volaron, más bien que saltaron, de la caja del coche al suelo.

El pollo suele omitir los escalones, los estribos, los pasamanos, los barrotes de las sillas y otras comodidades, porque su genio inquieto le dá algo de aéreo; son ágiles y la mayor parte de ellos gimnastas.

Había dos especies de embarcaciones: unas, las que conoció Guatimotzin, sin la más lijera reforma, quiere decir, con toldos de carrizo y petates y sin asiento: y otras, con toldo de madera forrado de hoja de lata y con asientos.

Los pollos eligieron una de estas últimas llamada *la Capitana*; porque á aquellas canoas puede faltarles quilla, timón y hasta asientos; pero no les falta el nombre grabado en uno de sus costados.

El patrón de la Capitana comenzó á aderezar su embarcación con toda la gravedad de un buen servidor que se propone recibir á sus amos dignamente. De un pequeño cajón sacó unas sucias cortinas de brin que colgó á los lados del toldo, y vistió los asientos de las bancas con unos guarda-polvos de indiana: extendió un petate y en seguida enarboló la bandera nacional, de media vara cuadrada, sobre el toldo de la canoa.

La Capitana estaba empavesada.

Los pollos se precipitaron al interior empujándose y echándose agua unos á otros.

Al fin, cansados, quedaron en paz por un momento; pero bien pronto el ruído de un coche los hizo salir de la canoa y saltar á tierra.

—Ellas son, dijo Pío Blanco.

Efectivamente venían en un coche cuatro amigas de los pollos.

Estos se apresuraron á recibirlas.

—Buenos días, Concha, dijo Pío Blanco á una de las recién venidas: ¡qué guapa vienes!

—¡Hola, Lupe! que bien te está esa red de estrellitas: pareces un cielo de Nacimiento, dijo Pedrito á otra de las convidadas.

Estas bajaron ostentando toda la exhuberancia de sus abultadísimas faldas de muselina de chillantes colores, y comenzaron á colocar en la canoa canastos y bultos, que contenían las provisiones de un almuerzo.

A pocos momentos partió el coche hacia la ciudad, el barquero desatracaba su embarcación, y bien pronto las cuatro parejas hendían tranquilamente las aguas del canal que conduce á Santa Anita y á Ixtacalto.

—Concha, tú eres el bello ideal de mis ensueños, decía Pío Blanco ofre-

ciendo un vaso de cognac que alternativamente pasaba de mano en mano. Bebe, Concha, y bebamos todos para olvidar las pasadas desventuras.

Yo concibo en tí, dijo después de una pausa, á la mujer perfecta, á la mujer en la plenitud de su libre albedrío. ¡Bendita seas!

—Explícame eso, dijo Concha.

—Es muy sencillo: odio las trabas, aborrezco la ley, detesto la prohibición, no reconozco en ningún hombre el derecho de coacción, soy libre por excelencia.

—Eso es porque tienes sangre de pájaro, dijo Pío Prieto.

—Tal vez, y como creo en la transmigración, siento en mí que he sido faisán.

—¿A quién le ocurrió eso de la transmigración? preguntó Pedrito.

—A un tal Pitágoras, dijo Pío Blanco.

—Era hombre de talento, exclamó Pedrito.

—Lupe ha de haber sido paloma, dijo Pío Prieto.

—¿Y yo? preguntó Andrea dirigiéndose á Pío Blanco.

—Tú, Andrea, tú eras una alondra.

—¿Qué animal es ese?

—La golondrina, gritó Pepe.

—Propongo un bríndis por la libertad del preso, dijo Pepe.

—Sí, sí, por Pío Blanco, repitieron Pío Prieto y Pedrito.

—Por los valientes, dijo Pepe.

Y bebieron todos alternativamente hasta consumir el vaso de *cognac*.

Pío Blanco era entre los pollos el que gozaba de más reputación y aún le veían con cierta consideración, reconociendo la superioridad de su ingenio y de su fuerza.

Pío Blanco hacía magníficas plan-

chas en el trapecio, jugaba á 7 y 9 en los bolos, les daba una bola en el billar á los otros pollos, bebía más, fumaba puro, tenía más poblado el bigote, tenía varias novias, hacía versos y había matado á Arturo; razones todas por las cuales Pío Blanco llevaba la voz, y sus decisiones eran admitidas casi como una orden, sin apelación.

Concha era la más bonita de las cuatro damas de aquel festín y su amistad con Pío Blanco era más antigua.

La canoa acababa de atracar en Santa Anita y le salieron al encuentro varias indias vendedoras de flores y de lechugas.

Pepe tomó cuatro coronas de rosas y las ofreció á las señoras, quienes sin ceremonia coronaron sus sienes al ruído de las aclamaciones y los aplausos de los pollos.

Después de una corta espera, la ca-

noa siguió bogando á lo largo del canal con dirección á Ixtacalco.

Este pueblo, que es uno de los paseos favoritos de los habitantes de la capital y objeto de expresas visitas para los forasteros, conserva inalterable su aspecto desde tiempo inmemorial. La poderosa mano de la civilización lo respeta como un monumento raro, y no parece sino que está destinado este pueblo á esperar á orilla del canal á las generaciones venideras, á que vengan á contemplarlo como prenda arqueológica. Este pueblecito indígena por excelencia, atestigua la imperturbabilidad de sus aborígenes, y su muda protesta contra la civilización europea.

No pasa día por Ixtacalco.

Se parece á esas personas á quienes deja uno de ver diez años, al cabo de los cuales sorprende no encontrarles

ni una cana más ni un diente menos.

Ixtacalco es refractario al progreso.

Hasta sus árboles parecen estacionarios: son casi todos sauces, de la misma familia, escuálidos y en forma de escobas: parecen una serie de admiraciones colocadas á los lados de las chozas que vieron nuestros antepasados.

Pero Ixtacalco es solicitado también, desde tiempo inmemorial, por los amantes: es el lugar de las citas amorosas y en el que se ha celebrado el cumpleaños de las nueve décimas partes de los habitantes de México.

No sabemos qué tiene de atractiva aquella soledad y aquel silencio que distinguen á Ixtacalco; no parece sino que las legumbres y las amapolas gustan de la soledad como los poetas. Aquel es el reino de las lechugas, el emporio de los rábanos y las coles.

Sus jardines son á los de la ciudad, lo que los almacenes á las tiendas al menudeo.

Aquellos jardines singulares han considerado las flores como artículos de comercio, y huyendo de las variedades y los matices, emprenden la grave tarea de sembrar una fanega de amapolas ó tiran un almud de semilla de *espuela de caballero* ó una cuartilla de *mercadela.*

No forman ramilletes, sino tercios de flores, y representa una renta respetable el consumo de zempazochitl, de chícharo de olor y de otras flores cuyas especies no pasan de seis.

Las familias indígenas que pueblan aquel gran pantano convertido en hortaliza y almacén de flores, no viven mas que del producto de su cosecha.

Las aguas que dividen la multitud de cuadriláteros de tierra, que como

otras tantas manzanas forman una ciudad de flores, legumbres y sauces espigados, ministran á los rústicos habitantes cultivadores una pesca abundante de pescaditos, *ajolotes*, *acociles* (*) y ranas.

Los que visitan á Ixtacalco tienen el deber de recorrer las chinampas, de coronarse de flores y de saborear las aceitosas hojas de la lechuga.

Á fuer de imparciales recordamos que algunos empresarios modernos han fabricado salones circulares á manera de palenques, destinados á las familias, que los toman en alquiler para días de campo.

Estos salones han visto mucho, hacen bien en no hablar, pero saben más que un libro.

En estos salones se baila, se come y se ama.

(*) *Ajolotes*, *renacuajos*, *acociles*, pequeñas langostas.

En uno de ellos acababan de instalarse nuestras cuatro parejas.



CAPÍTULO IX

En el cual la dicha de todos los personajes vá á más y mejor

RETROCEDAMOS un poco.

Muy poco tiempo tardó Concha en dejar de ver las cosas color de rosa; y contra todo lo que se esperaba, iba siendo más desgraciada cada día.

Concha no se quejaba mas que de su suerte.

Á su suerte le echan muchos la culpa de lo que les sucede.

Esta es una salida facil y en la que buscan un consuelo los desgraciados.

Lo difícil es echarse uno la culpa á sí mismo, cosa que ni por las mientes les pasa á la mayor parte de esos desgraciados.

Concha no había hecho mas, en todo caso, sino dejarse llevar de los acontecimientos.

—Privada me robaron, decía; yo no pude oponer resistencia: Arturo no se podía haber casado nunca conmigo; después se metió el general á mi casa, y yo no pude hacerlo salir. ¿Qué culpa tengo de todo esto? Es mi mala suerte.

—Amé á Arturo: yo debía haber amado al sastre ó al de la guitarra; pero esa fué mi suerte.

—No debí salir de mi casa, pero mi suerte. ...

—No debí haber admitido al general; pero el general es tan pegoste y tan porfiado..... mi suerte, en todo mi suerte, ¡qué hemos de hacer!

¡Heróica resignación!

Los prosélitos de esta fácil y espeditiva resignación hacen su viaje por este mundo, dando traspiés de desgracia en desgracia, todo por su mala suerte.

También doña Lola estaba resignada con su suerte, según ella misma decía. Se le había lanzado don Jacobo á la revolución por su mala suerte; pero en cambio se le había aparecido don José, que era su paño de lágrimas.

De todos modos, Concha no estaba contenta con su suerte, porque hubiera querido que el general hubiera sido un ángel; pero era una bestia feróz, un oso blanco.

Le había salido celosa como Otelo, no la dejaba ni á sol ni á sombra.

Arturo era más confiado, como niño al fin; pero el general, el general la tenía mártir, y representó dos veces al

día «El Tigre de Bengala» durante cinco meses.

Concha lloraba también dos veces al día, y algunos días dejaba de llorar dos horas en veinticuatro.

No cesaba Concha de quejarse de su mala suerte.

Cuando Pío Blanco salió de la cárcel fué cuando Concha empezó á consolarse de nueva cuenta: es cierto que Pío había matado á Arturo; pero en cambio la consolaba ahora de las barbaridades del general.

La primera visita de Pío Blanco, al salir de la cárcel, fué para Concha.

Esto era una fineza.

Y todas las demás visitas tenía el pobre de Pío que hacerlas escondidas del general, todo por no causarle un disgusto á Concha.

Cada una de estas otras cosas era otra fineza.

En lo único en que Concha tenía suerte era en las finezas que hacían con ella.

La última fineza de Pío Blanco fué la de dar un día de campo sólo por Concha, sólo por distraerla, por librarla un día siquiera de la ferocidad del general, por verla reír y gozar con el campo, con la canoa, con las chinampas y con todo lo del paseo. Irían amigos de confianza como Pío Prieto, como Pepe Pardo, y sobre todo, Pedrito que era tan buen chico.

Cada uno de estos tres pollos había de llevar una señora, y Pío á Concha, total: ocho personas.

Había una persona que supiera mejor la historia de Concha que Concha misma: esta persona era Casimira. Desde que Concha se emancipó, Casimira no se ocupó en mas que seguirle la pista, y en tener al tanto á doña

Lola por el fidedigno conducto de toda la vecindad, de todo lo que hacía Concha.

La víspera del día de campo de Pío, había interrumpido un diálogo de doña Lola y don José un acontecimiento notable.

Acababa de entrar al patio de la casa de doña Lola un hombre á caballo preguntando por la esposa del coronel Baca.

—No vive aquí, gritó Casimira, aquí no vive la mujer de ningún coronel, aquí todas somos pobres.

—Niña, aquí ha de ser, insistió el jinete.

—Que no, le digo..... ¡esposa de coronel! ni para un remedio.

—Se llama doña Lola.

—¿Doña Lola?

—Sí.

—¿Y su marido?

—Pues don Jacobo Baca.

—¿Ya es coronel?

—¡Pues no!

—Entonces, aquí es, hombre de Dios, eso es hablar en castellano. Si ya es coronel don Jacobo entonces..... Doña Lola! doña Lola! se puso á gritar Casimira. Doña Lola! ya don Jacobo es coronel, y la vienen á llamar á usted de su parte. Suba usted, señor, agregó dirigiéndose al jinete: allá en el corredor de arriba, en la vivienda del rincón.

El jinete se apeó y subió á ver á doña Lola.

—Un ojo con mi caballo, señorita, por vida de lo que más estime.

—No tenga usted cuidado, que aquí nada se pierde, toda es gente segura y de muchos años: no faltaba más sino que se perdiera algo en la casa de nuestra Señora de la Luz: ¿no vió usted el letrero al entrar?

—Qué tal, continuó Casimira, dirigiéndose al grupo de vecinos que rodeaba ya el caballo: hizo bien don Jacobo; yo de hombre haría lo mismo; no hay como la revolución para salir de pobres. Coronel! el señor coronel! já, já, ja: con razón le dije á ese hombre que no era aquí la casa: quién había de pensar! por eso me gustan los liberales, y es chinacate legítimo que se le conoce á legua: miren qué buen caballo; quién sabe de quién serías tú, animalito, y cuántas muertes deberá el héroe que te trepa! que viva don Jacobo! Oigan, vecinas, vamos á felicitar á doña Lola y á obligarla que nos dé tamales y atole de leche, como albricias de la buena noticia.

—No, mejor chongos, dijo una vecina.

—Mejor mole de guajolote, agregó otra.

—¡Eso es! cada uno vá pidiendo, no se puede decir nada, hambrientos!

—Hambrienta tú, que quieres tamales luego.

—Es justo.

—Cállense, que ya baja el del caballo.

—Y es buen mozo, dijo muy quedito una vecina.

—Muchas gracias, señorita, dijo el jinete á Casimira. Ahí está eso para nieve; y le dió un peso.

—¡Ah, qué señor! dijo Casimira haciendo desaparecer completamente su pupila izquierda, pretendiendo hacer una coquetería.

—Mi medio, dijo un muchacho, animado al ver que daban.

El jinete repartió pesetas y medios á todos los curiosos, montó á caballo y dió las buenas tardes. Aquel enviado extraordinario hizo un efecto mágico en la vecindad.

Doña Lola recibía por primera vez una carta de su marido y por primera vez también recibía dinero. El enviado había informado á doña Lola que el coronel Baca era muy valiente y que ya mandaba una fuerza que merodeaba por Ajusco, bajaba á Tlalpam y solía recorrer los pueblos de Xochimilco y Mexicalcingo.

Doña Lola y don José cuando se hubieron repuesto de la primer sorpresa se pusieron á leer la carta de don Jacobo, que decía así:

«Monte de Ajusco etc.

»Mi querida esposa de mi cariño:
»Mealegraré que al recibo desta te
»ayes con salud en compania de nues-
»tros ijitos y compadre don José esta
»solo sereduce á que como andamos
»ya cerca con la fuerza por orden del

»cuartelgeneral y como siempre triun-
»faremos telo paso avisar paque un
»dia vengas a Xochimilco y te pueda
»ver y á mis ijitos de mi corason ay te
»mando eso para tí son sin cuenta pe-
»sos que los disfrutes mea legraré.
»Tu esposo que ver tedesea.

»*C. Coronel Jacobo Baca.*»

—¡Qué dice V., compadre de mi alma! exclamó doña Lola al acabar de deletrear la carta y dándose una palmada en el muslo derecho que hizo extremecer á don José.

—¿Qué dice V. no más? Yo me alegro por mi compadre.

Don José y doña Lola se quedaron viéndose el uno al otro.

Después de aquellas dos exclamaciones, ninguno de los dos se atrevía á indicar el giro que debería tomar la

conversación, hasta que después de un largo rato don José dijo:

—¡Con que coronel!...

—¡Coronel! repitió doña Lola abriendo los ojos y encogiendo los hombros. ¡Coronel!

Volvió á reinar el silencio, durante el cual don José jugaba con la carta que tenía en las manos.

—¿Con que V. cree, compadre, que triunfará la revolución?

—Vea V... los papeles públicos... eso de los periódicos dicen que no y que no; pero la revolución siempre triunfa y mi compadre lo dice de puño y letra y como ya es jefe...

—Jefe, sí señor, y muy jefe; ¿cuánto tienen los coroneles?

—Vea V., en campaña... asegún...

¡Ah!... exclamó convencida doña Lola, y al cabo de un rato continuó:

—¡La vuelta de don Jacobo!

—Eso, comadre, eso, la vuelta.

—Porque en fin...

—Eso es lo que yo digo.

—Y lo de Concha.

—Usted dirá... lo de Concha.

—Y lo de Pedrito.

—Lo de Pedrito; pero al fin es hombre.

—Cierto, es hombre y los hombres... donde quiera.

—¡Ay doña Lola!

—¡Ay don José!

Don José suspiró.

Doña Lola también suspiró agregando:

—¡Ya ni compadres nos decimos! ¿qué dice V?

—¡Cabal! yo la dije á V.: «Ay doña Lola» y V. me contestó: «Ay don José,» y es que como nos ha cogido de sopetón la noticia.

—De sopetón... que ni quien se la esperara.

—¡Albricias, albricias! gritaba Casimira subiendo la escalera, haciendo mucho ruído y seguida de algunas vecinas y de todos los muchachos de la vecindad.

Esta irrupción dió término á la perplejidad de doña Lola y don José.

Los cincuenta pesos estaban todavía sobre la mesa.

—Aquí hay para tamales, doña Lola; nos va V. á convidar á tamales porque ya es V. coronela. Muchachos, ¡qué viva la coronela!

—Vamos, vamos, Casimira, se atrevió á decir don José, es necesario no armar escándalo por eso.

—Como V. es tan callado quiere que todo se haga quedito; pero no señor, es necesario festejar esta noticia, ¿no es verdad, doña Lola? ¡cómo que ha de estar V. contentísima! yo también tengo mucho gusto porque no

volverá V. á pedirme mis planchas prestadas. Don José, agregó Casimira dirigiéndole una mirada diabólica, ya viene el amo.

Don José se mordió los labios.

Doña Lola no se deshizo de sus importunas visitas sino después de haberles ofrecido una tamalada.





CAPÍTULO X

Continua la hoja de servicios de D. Jacobo

El viejo del rancho de las Vírgenes, como recordará el lector, había juzgado propicio el temporal porque estaba seguro de que no lo inquietarían durante la noche.

María y Rosario continuaban haciendo sus preparativos de marcha, y Pepe y Rafael no habían vuelto del campo.

Por lo que respecta á la guerrilla de Capistrán, debemos decir algunas palabras.

Capistrán no se llamaba Capistrán;

tenía otro nombre que había juzgado prudente hacer olvidar.

Capistrán no luchaba precisamente por la patria, por más que la patria se empeñara en contarlo en el número de sus fieles servidores, merced á los registros oficiales del ministro de la guerra.

Capistrán se había acogido á la gracia de indulto ó la gracia de la revolución, que es lo mismo.

Su vida pasada había llegado á ponerle en este predicamento:

Ahorcado ó liberal.

Por lo visto no vaciló y defendió la libertad.

El gobierno lo admitió como *ficha* por no verlo convertirse en su contrario.

Esta es una de las gloriosas transacciones de la guerra civil.

Capistrán pasó de reo á héroe y de-

cía muy ufano y muy para sí: «mi vida está en la bola», y procuraba á toda costa que esta bola de fuego y sangre fuese la bola de nieve, quiere decir, que fuera creciendo.

Sus aliados lo conocían y él conocía á sus aliados; el delito común es un lazo tan fuerte como el peligro común.

Esta es la fuerza moral de la guerrilla.

Tristemente hay algo que sustituye al patriotismo y á la subordinación, y es el remordimiento.

La salvación de un sentenciado está envuelta en estas palabras: «triunfar, sobreponerse».

¿De quién? ¿de qué? ¿por qué? No importa: vencer no importa á quién; matar, aterrorizar, sobreponere, este es el valor del cobarde.

A este valor debe México un raudal de lágrimas.

Capistrán y los suyos eran ese mónstruo que se llama guerrilla y que renace á las primeras tempestades revolucionarias como esos insectos que salen de su caracol á las primeras aguas.

Lo que en Capistrán no se atevería á llamar hoja de servicios ni la misma revolución, era un conjunto tal de crímenes asquerosos que horrorizaba.

Después de estos ligeros apuntes biográficos sigamos á Capistrán la noche de la tempestad.

La guerrilla había encumbrado el monte, huyendo del fondo de las barrancas y de las vertientes impetuosas de las partes bajas de la serranía.

Aquella tarde ostentaba toda su pompa salvaje la tempestad de Otoño.

Después de los primeros aguaceros, el cielo pareció tomar aliento para emprender de nuevo una terrible lucha.

Jirones azules aparecieron algunas

veces, y en esos jirones alguna nubecilla tornasolada por el sol poniente; pero bien pronto otras nubes gruesas pesadas y pardas, se precipitaban con violencia para cubrir esos intersticios azules, mengua del furor de la tormenta

Piélagos cenicientos é inconmensurables quedaban en los horizontes como reserva de aquellas nubes monstruosas y negras que barrían las montañas en tropel gigantesco.

Destacándose en uno de esos fondos plomizos, se dibujaban por intérvalos las siluetas de la guerrilla: no se sabía si eran los perfiles de *peñas cargadas* ó de formaciones basálticas, ó nubes desgajadas y rotas por el huracan aquellos erizamientos de la montaña.

Los relámpagos determinaban cambiantes cárdenos azulosos y violados

en el fondo, y las siluetas aparecían entonces negras como un arbolado.

No se distinguía el movimiento de Capistrán y los suyos, porque el rápido movimiento de las nubes desvanecía.

A poco una nube parda se arrastró sobre la loma y confundió el perfil fundiendo el cielo con la tierra; después se perdió todo; había sólo ante la vista esa pesada trasparencia que precede en un léjos al chubasco.

En seguida el espacio fué blanco, era una inmensa cascada de granizo....

Acerquémonos.

Capistrán va por delante, su caballo echa sangre por la boca y las narices y sus ojos parecen saltar de sus órbitas, porque enseña esa línea blanca que da á los caballos un aspecto salvaje.

Capistrán, en vez de calarse hasta las cejas su gran sombrero, lo lleva

echado hácia atrás y recibe la lluvia en la cara y lleva algunos granizos detenidos en sus negros cabellos.

Capistrán no tiembla, ruge.

Es una fiera que ante la muerte y ante el rayo, grita.

Llama á la ira en socorro de su terror.

A cada trueno se oye una blasfemia de Capistrán.

El rayo arranca por todas partes una oración: á Capistrán le arranca un aullido. Aquel aullido era la más sublime expresión del miedo.

Pero el miedo de Capistrán era el miedo de los valientes, quiere decir, el miedo de tener miedo.

Las nubes de aquella borrasca habían revuelto las nubes de la conciencia de Capistrán y al rayo del cielo oponia Capistrán el reto del réprobo.

Aquella monstruosidad trasmitió sus

reflejos á los otros ginetes y brotó un coro de maldiciones, y cada uno de ellos se decía á sí mismo:

«Aquí es donde para no parecer cobarde se necesita gritar», y sus formidables gritos se ahogaban en el estallido de un rayo ó en el mugido de las torrentes.

Cada cual pensaba que Capistrán debía mandar hacer alto, los caballos iban á perderse, ya dos iban mancos y casi todos heridos por los espinos y raspados en los despeñaderos; pero ningún ginete se atrevía á quedarse atrás ni á objetar, ni á murmurar con su compañero.

Capistrán sabía que lo maldecían interiormente, pero se gozaba en el abuso de su autoridad y le parecía que *estaba probando á los muchachos*, como él llamaba á su tropa.

En los primeros momentos de la

tempestad reinó la animación en la guerrilla al aspirar hombres y bestias ese vivificador aroma que se desprende de la tierra al empezar la lluvia.

Después el terror se apoderó de los espíritus por un momento.

En este momento Capistrán arrojó una maldición, gritó, azuzó su caballo y dijo á sus compañeros:

—Adelante, muchachos, y que nadie se *raje!*

Los muchachos entraron al periodo de excitación á que los condujo Capistrán.

Después de este periodo vendría el desaliento, el cansancio, acabaría todo vigor hasta en Capistrán, y al fin la Naturaleza desencadenada triunfaría de aquellos séres débiles.

Parecía que todos presentían por intuición la proximidad de este periodo y se daban prisa.

Un momento más, y la guerrilla hubiera acampado en una cueva próxima; pero un relámpago dibujó á los piés de los caballos como un lago azuloso, con fajas de plata, con arrecifes negros y una nave en el centro.

Era el valle con sus arroyos, sus arboledas y su casita; la casita del rancho de las Vírgenes.

Aquella casa blanca tuvo un hilo eléctrico para cada ginete y produjo en la guerrilla una sobrescitación.

Don Jacobo Baca era el único á quien algunos rayos le habían arrancado estas palabras:

«Señor Dios que nos dejaste.....»

Ó bien:

«Glorifica mi alma al Señor y mi.....»

Pero Capistrán, ó el vecino más inmediato se encargaba de cortar con una interjección enérgica aquella oración rudimentaria que se volvía á tragar don Jacobo.

Don Jacobo pensó, al ver la casa blanca, que iba á comer y á dormir.

Otros compañeros pensaron que iban á *habilitarse*.

Los más inmediatos á Capistrán, que iba á haber zambra.

Y Capistrán que iba á hacer una de las suyas. Descendía la guerrilla al valle cuando ya la noche había cerrado completamente.

Capistrán moderó el paso y á poco dió resuello á los caballos y dijo con voz ronca:

—Ya no griten

Siguieron el camino y á poco hizo alto Capistrán.

Echó pie á tierra y dijo muy bajo:

—Compónganse; y arregló la silla de su caballo, lo cinchó de nuevo, se bajó el sombrero y quitó los botones de las fundas de las pistolas y el del carcax en que llevaba el spencer, y

aflojó la espada del ajuste de la empuñadnra en la vaina.

Estas precauciones no fueron secundadas del todo entre los demás jinetes, pues algunos se redujeron á imitar el movimiento y á estirar las piernas, desentendiéndose de esos detalles precisos é interesantes.





CAPÍTULO XI

El rancho de las vírgenes.—Rápidos progresos de D. Jacobo

TRASCURRIÓ un largo espacio de tiempo en medio de un silencio terrible.

La lluvia había calmado, y la tempestad recorría en lejanas distancias el espacio.

La guerrilla desfilaba entre las malezas, sin hacer ruido: parecía una gran serpiente negra que se arrastraba acechando la casita blanca.

En el interior de esta casita se oía el animado diálogo de Rosario y Ma-

ría; vibraba su voz en medio del silencio como el lejano canto de los zenzontles en el bosque.

El peón que velaba en el portal se adelantó algunos pasos hácia el campo, y se puso en observación: nada se oía, pero notaba un ruido extraño, mezclándose al de las corrientes.

A poco entró á buscar al viejo.

—¿Hay novedad? preguntó éste al ver entrar al peón.

—Creo que vienen ya.

—¿Por dónde?

—Deben estar cerca: no se vé, pero se oye.

—¡Y mis hijos!.

—No han venido.

—Que entren los peones: corre, aquí nos encerramos; que traigan sus armas.

—¿Qué hay, padre? entraron preguntando Rosario y María.

—Nada, hijas, nada, una precaución; vamos á encerrarnos.

—¿Y mis hermanos? dijo María.

—Ya vendrán ¡pronto, á la troje! allí se encierran ustedes.

—¡Ya vienen! gritó un pastor.

—¡Ahí están ya! dijo un peón.

—¡Mi machete!

—¡Acá todos!

Y tropel de mujeres y niños y algunos peones se precipitó al patio de la casa, en medio del ladrido de los perros que husmeaban en todas direcciones y aturdían mezclando sus ladridos á las voces de los peones, al llanto de los chicos, y al inexplicable rumor de la repentina alarma.

—Ya nos sintieron, dijo Capistrán, y aflojó la rienda á su caballo, que se desprendió como una saeta, y trás él los demás ginetes, y al último don Jacobo.

Capistrán llegó á tiempo que iban á cerrar la puerta, al grado que un momento después se hubiera estrellado contra ella; pero el caballo de Capistrán azuzado, se lanzó sobre la última línea de luz que proyectaban las dos hojas de la puerta, línea que se ensanchó de nuevo para dibujar toda la figura del bandido.

Se oyeron tres tiros en la azotea, y después dos en el patio, y enseguida un rumor siniestro y una confusa algarabía de golpes, quejidos, gritos, blasfemias y alaridos.

Un guerrillero había caido del caballo en el patio; todo era confusión y desorden en medio de la más profunda oscuridad.

Dos ginetes tiraban tajos y mandobles y acometían con sus caballos á cuatro peones que habían hecho fuego sobre ellos, y que en seguida se defen-

dían á culatazos, pero bien pronto cayeron á los piés de los caballos.

Otros forzaban una puerta que daba al interior de las habitaciones, y Capistrán gritaba á los suyos:

—¡Mátenlos á todos!

Capistrán había disparado los seis tiros de su primera pistola, y había empuñado la espada.

Poco tiempo bastó para que hubieran desaparecido del patio todos los de la casa.

Un guerrillero apareció con un hachón.

Había cuatro cadáveres.

Eran éstos: los dos peones, un guerrillero y el viejo.

Capistrán los reconoció uno por uno, y al llegar al último hundió todavía dos veces su espada en el pecho inerte del anciano, que yacía en un lago de sangre.

—Ahora sí, exclamó; así andarán siendo chismosos estos mochos. Muchachos ¡que viva la libertad!

—¡Que viva! gritaron algunos con voz lúgubre, en medio de aquel cuadro de muerte.

En seguida Capistrán distribuyó su fuerza. Envió algunos á forzar puertas, otros á perseguir á los de la azotea que se habían escondido, y á otros á rondar por el exterior y á atrapar á los fugitivos.

—No suelten á las mujeres; y si chillan, mátenlas.

Don Jacobo no había sido atacado en toda la refriega más que por un perro, que se empeñó en no dejarle movimiento; y don Jacobo entrando en singular combate, sable en mano, sacrificó su primera víctima en aras de la patria.

Atravesó el perro de parte á parte,

y después le partió la cabeza hasta callarlo.

Cuando hubo terminado buscó más gente á quien matar; pero ya no había, y entonces fué cuando don Jacobo se sintió en todo el apogéo de su valor personal.

Permanecieron más de una hora aquellos bandidos abriendo baules y sacando ropa y dinero; obligaron á los prisioneros á cargar la mula de la casa con el botín, y dos guerrilleros con la mula y los dos peones á quienes obligaron á arrear, fueron los primeros que salieron del patio.

Capistrán había recorrido toda la casa.

Uno de los que rondaban por el exterior entró corriendo al patio.

—¡Mi coronel! viene gente, dijo á Capistrán.

—Vayan dos que vean quién es.

—¡Tropa armada! gritó un tercero.

—¡A caballo! dijo el jefe.

—Es la fuerza de la Soledad, gritó un tercero.

—Echa el hachón en el ocote y vámonos, dijo Capistrán á un camarada. Acá todos: que Juan, el Coyote y Chema cubran la retaguardia. ¡Vámonos!

—No están todos, dijo uno.

—Van por delante.

—¿Por *onde jalamos?*

—A cojer la vereda grande, y si nos pican mucho, en dispersión, á caer mañana al Gato.

—¿En la Lomita?

—Sí, hasta arriba.

No bien se habían alejado los últimos ginetes, cuando comenzó á salir de la casita blanca una ráfaga rojiza que iluminaba el principio de una nube negra en forma de espiral.

Aquella luz fué creciendo, y una

lengua de fuego se mecía magestuosamente en el espacio, difundiendo una penumbra temblorosa en los campos vecinos.

Pepe y Rafael venían por el valle con una fuerza de caballería, y al ver el incendio se desprendieron bruscamente de las filas para llegar los primeros.

El patio de la casa era una inmensa hoguera, que había comunicado el fuego á las trojes y á las piezas interiores.

Rafael iba á precipitarse con su caballo á aquel horno, y Pepe le detuvo.

—Todó está ardiendo; espérate.

—¡Rosario! gritó Rafael.

—¡María! ¡padre! gritó á su vez Pepe; ¿por dónde están? ¡padre, padre!

Solo el chasquido de la madera que ardía y ese zumbido siniestro de las grandes llamas, respondía á los acen-

tos de desesperación de aquellos jóvenes.

—¡Por atrás, gritó Pepe, por la otra puerta!

Y los dos hermanos se precipitaron en busca de la puerta.

Estaba rota la puerta de la troje que daba al campo; entraron á caballo gritando siempre á Rosario, á María y á su padre.

Nadie contestaba.

Se oyeron algunos tiros de los que cubrían la retaguardia á Capistrán.

Pepe y Rafael lograron penetrar por una ventana á las piezas interiores: el desorden de las habitaciones les reveló el drama que acababa de pasar.

El dolor de aquellos dos huérfanos no tenía límites.

—Estarán en el patio.

—¡Ardiendo! exclamó Rafael.

—¡Vamos!

—¡Vamos!

El viento, que comenzaba á soplar de nuevo, había alejado el humo y las llamas de la puerta, y los jóvenes pudieron penetrar algunos pasos; tropezaron con el cádáver de su padre, cuyos vestidos comenzaban á arder.

—¡Mi padre! gritó Pepe; ¡ay... y mis hermanas! ¡María! ¡Rosario!

Los dos jóvenes se precipitaron hacia el cadáver para apagarle los vestidos con las manos.

La fuerza de caballería de la Soledad, siguió persiguiendo á la guerrilla.

A Rafael le acometió un acceso de locura, y dejó á Pepe llorando sobre el cadáver del viejo.

Ni una voz humana resonaba al rededor de la casita, de donde hasta los animales habían huído para el campo.

A poco rato apareció un peón que había logrado esconderse y encontró á

Pepe besando la fría y destrozada cabeza de su padre.

—¿En dónde están mis hermanas?

—Se las llevó la fuerza.

—¿Quién?

—Capistrán.

—¡Ah Capistrán, Capistrán! gritó aquel joven, levantando la frente al cielo como para pedir el castigo para el asesino.

Dos días después, á veinte leguas de distancia del rancho, la fuerza de la Soledad pudo alcanzar á la guerrilla.

Rafael estaba entre los perseguidores, se había incorporado con la esperanza de rescatar á Rosario: esta fuerza la mandaba el dueño del caballo prieto que montaba Don Jacobo, y esba compuesta en lo general de vecinos agraviados por Capistrán.

Rafael fué acogido con entusiasmo por la fuerza, pues era conocedor del terreno y de valor acreditado.

Capistrán fué sorprendido en un recodo del camino, y no bien hubo aparecido su fuerza á la vista de la que lo perseguía, cuando lanzándose como una flecha Rafael, llegó hasta Capistrán que le esperaba preparado para dispararle á quemaropa.

Rafael había empuñado su espada.

Capistrán hizo fuego; pero casi al mismo tiempo se sintió pasado de parte á parte por la espada de Rafael.

Entre los demás contendientes, se trabó una lucha encarnizada, en la que hasta Don Jacobo, sacando fuerzas de flaqueza, se acreditó de valiente; se batió con el valor de la desesperación y fué afortunado en sus golpes, al grado de poner tres contendientes fuera de combate.

La fuerza de Capistrán desmoralizada, se dispersó, abandonando el botín.

Rafael acababa de caer herido; pero

en los brazos de Rosario y de María que habían presenciado aquella horrible escena.

El denuedo con que cargaron los perseguidores de Capistrán, hizo notable este hecho de armas al grado que un periódico dijo á los pocos días, que el supremo gobierno era lo más popular y querido que conocía, porque por todos los ámbitos de la república se veían levantarse fuerzas armadas y montadas por su cuenta para exterminar á la canalla.

Los restos de la fuerza de Capistrán formaron nueva banda á las órdenes de Don Jacobo Baca.





CAPÍTULO XII

De como la ventura del pollo, es flor de un día

El lector, el benévolo lector, que hasta este capítulo habrá tenido la paciencia de seguir nuestro relato, ha visto á Concha desbarrancarse; y acaso juzgue por lo mal pergeñado de lo escrito hasta aquí, que el autor tiene más parte que las circustancias en ese desbarrancamiento.

Pero, ¡léjos de nosotros tan dañada intención! y para probar que solo copiamos, hacemos en seguida algunas anotaciones.

Téngase presente que toda contravención del orden moral que rije á la sociedad y á la familia, es un camino errado, que solo conduce á la aberración y á la desgracia.

Minar por su base la sagrada institución del matrimonio es un atentado, cuyas consecuencias recaen, inexorablemente, sobre el delincuente.

La unión legítima es el único pedestal en que descansa la felicidad de la familia; ésta es una de las más severas prescripciones de la moral universal, y toda infracción es irremisiblemente funesta.

Escribimos en una época harto fecunda, por desgracia, en ejemplos de esta especie; época de abjuración, de vacilación y de duda, de cálculos y de errores.

No, Concha no podía ser feliz; porque la felicidad es un premio reserva-

do al bien obrar: las víctimas del becerro de oro no tendrán jamás bastantes lágrimas para lavar su cônciencia.

«Todas las que se ponen castaña se van» decía Casilda la bizca, y en el fondo la bizca decía una gran verdad.

La pasión del lujo está engrosando cada día las filas dé la crápula, y pasma el aplomo con que millares de jóvenes pobres aceptan en el mundo su papel de parias sociales, concurriendo gustosas al aislamiento de la infamia.

La mujer, en México, ya no vacila en confesar paladinamente que la aguja es el hambre, y después de ésta funesta aseveración ¡qué horrible castigo es la hermosura!

La parte menesterosa de nuestra sociedad, está pidiendo á la moral pública un socorro en su desmoronamiento.

Tiempo es ya de decirles á esos barbados, musculosos y sanos, vendedores de encajes y de chucherías, de listones y de terciopelos, de baratijas y de cigarritos: «Salid de vuestros armazones á emplear vuestras fuerzas, vuestra juventud y vuestra inteligencia en trabajos dignos del vigor varonil y de la misión del hombre y dejad vuestros mostradores para que sirvan de parapeto á la virtud de la mujer».

. . . .

En Concha no había perversidad, había ignorancia.

Cuando se encontró reunida con Andrea, con Lupe y con Lola, sintió en su alma el estremecimiento de su caída; se acordó de que sus amigas Clara y Ernestina ya no la habían vuelto á ver, porque se avergonzaban de ella; sus amigas, en lo de adelante, iban á ser de aquella clase.

Concha lloró: tenía vergüenza: ¿cómo retroceder? el general sabría aquello, y después?...

—Esa es mi suerte, repetía Concha despidiéndose con todo el fervor de su alma de toda dicha legítima, de todo placer puro, de algo que ella adivinaba parecido á la estimación, al respeto social; joyas soñadas y perdidas para siempre; ¡pobre Concha! ¡pobre Concha!

En medio de estas supremas amarguras, de estas íntimas decepciones, de estas insuficiencias morales se aparece por lo general, no el diablo, ni la tentación, ni ninguno de esos genios familiares; se aparece festivo, risueño, grotesco y coronado de pámpanos, el mitológico, el mismo viejísimo dios Baco, como una especie de *hombre bueno*, como un verdadero abogado de pobres; y todo esto bajo la senci-

llísima forma de un vaso de cognac, como se le apareció á Concha.

Pío Blanco se lo ofreció con la misma mano aquella de la pistola que mató á Arturo.

Concha comprendió la torva sugestión del de las viñas y bebió cognac, con esa tendencia suicida del que pretende huír de sí mismo.

De manera que al llegar á Ixtacalco Concha había encontrado un antídoto contra su vergüenza.

Andrea, Lupe y Lola acariciaron á Concha con ternura, con mucha ternura.

Había en el fondo de aquellas caricias algo de la resignación de los huérfanos que se cobijan bajo la sombra de la misma desgracia.

Los pollos estaban á cien leguas de estas intimidades fisiológicas, y reían con esa frescura desconsoladora del

pollo disipado, que no encuentra nada más allá de sus narices.

Baco y los pollos celebraban tácitamente una transacción, por medio de la cual éstos se exhibían tales como eran en cambio de un poco de aturdimiento.

Á este dios lo hemos contemplado algunas veces, con una copa en una mano y en la otra un libro en blanco.

Dándole las gracias y rehusando la copa, llenaremos algunas páginas de su libro.

Concha se enfermó.

Más adelante sabrá el lector que Concha le debió en esto á Baco un favor de padre.

Como se enfermó Concha, buscó una enfermería y entró en un jacal inmediato.

A la puerta de la tienda más inme-

diata al canal había dos caballos lujosamente ensillados.

Al verlos venía á la mente esta disyuntiva:

Estos caballos son de un rico ó de un ladrón.

En nada se les van los bártulos á los adoradores del becerro de oro, como en esto del arnés nacional.

Conocemos tendero, sin segunda camisa, que se monta sobre su capital en su caballo.

Abundan cajoneritos de esos que se están parados toda la semana, que el domingo andan sobre su patrimonio.

Estos sugetos son los mites de la riqueza, porque su lujo no es el resultado de una posición ventajosísima, sino el de una porción de economías dolorosas, por medio de las cuales se hacen acreedores á que mientras más ricos parezcan, merezcan más esta aplicación:

¡Pobres!

Hé aquí de qué manera arrancan la exclamación ¡pobres! los que finjen ser ricos.

Volvamos á los caballos.

Desde luego no eran de tendero, porque éstos no exponen fácilmente su lujo sino en el paseo.

—Serán ladrones, pensó Lupe.

—Serán hacendados, dijo Lola.

La mujer es la primera que prevé un peligro.

Andrea se levantó del asiento que ocupaba en el cenador.

Algo la preocupaba.

Se puso en acecho, á poco palideció y buscó en torno suyo una salida opuesta, como para huir.

—¿Qué buscas? le preguntó Pío Prieto.

—Andrea no contestó.

Dos enérgicas interjecciones habían

resonado en el interior de la tienda: luego allí estaban los ginetes, luego los ginetes eran ladrones.

Así discurrieron á duo Lola y Lupe, mientras que la mente de Andrea la ocupó toda este monosílabo:

¡Él!

Como evocado apareció en la puerta de la tienda uno de los ginetes.

Andrea arrojó un grito.

Al grito salió el otro ginete. ¡Era don Jacobo Baca!

Los pollos tenían que habérselas con dos gavilanes.

Los dos ginetes se dirigieron á pié al cenador.

Andrea y Pedrito quisieron huir.

No tuvieron tiempo.

—¡Bien hayan las mujeres! gritó uno de los ginetes fijando en Andrea sus ojos encendidos por el licor y por la cólera; ya me rezarías, ¡ingrata! pero

ya me ves, he resucitado. ¡Por vida de.....

Y avanzando los dos pasos que le faltaban para llegar á Andrea, la asió de la muñeca, y la separó bruscamente del grupo de los pollos.

—¡Bien hayan los hijos! gritó á su vez don Jacobo, tomando de la mano á Pedrito, echándose hacia atrás su gran sombrero bordado, y sacando á su hijo del lado de los otros dos pollos.

—Este no es mi padre, pensó Pedrito.

—Dispense V., amigo, dijo Pío Prieto.

—Yo no soy amigo de nadie, dijo el bandido llevándose á Andrea.

Pío Blanco estaba á la sazón con Concha en el jacal, de donde juzgó prudente no salir.

—Oiga V., insistió Pío Prieto.

—Le voy á aconsejar, niño, dijo con voz sorda el bandido, que no me cante ni me baile, porque le va á sobrar verso y á faltar tonada. Yo soy Zeferino Dávila y ando con los hombres.

Y dejó caer una mano, como de calicanto, en el hombro de Pío Prieto, que tambaleó.

—Si tiene que sentir de mí... amo... tengo plomo conque quererlo, continuó Zeferino, buscando su revólver.

Pío Prieto dió un brinco hácia atrás y sacó su pistola de debajo del saco.

Pepe hizo lo mismo.

Hace diez años, esto hubiera parecido inverosímil, pero en la época que atravesamos, todos los pollos son de pelea.

Los Estados-Unidos se han encargado de hacer del revólver un adminículo indispensable; y Colt es émulo de Lozada, pues ya no se concibe al

pollo sin reloj y sin pistola, especialmente cuando el pollo anda calavereando.

Á esta costumbre tan generalizada debió su muerte Arturo.

Recordará el lector que el desafío fué á revólver.

Zeferino Dávila no había sacado aun su pistola, y don Jacobo ya se había alejado con Pedrito.

—No se asusten, niños, dijo Zeferino, cambiando completamente de tono. Ya está, patroncitos..... con la vénia.

Y dió media vuelta.

Pío Prieto y Pepe se quedaron en el cenador con Lola y Lupe. Estaban perplejos, pero no por esto dejaron de comprender que lo más acertado que podían hacer era conformarse con la voluntad de Zeferino y don Jacobo, porque, al fin, tenían derecho, el uno sobre Andrea, y el otro sobre Pedrito.

Poco después, Andrea en la silla del caballo de Zeferino y Pedrito á la grupa del de don Jacobo, desaparecieron del pueblo.

Concha no estaba tan enferma que no hubiera podido enterarse de lo que pasaba fuera de su enfermería, y al oír distintamente la voz de su padre, quiso levantarse para ir en su busca, pero Pío Blanco la detuvo.

Las circunstancias en que don Jacobo venía á encontrar á sus hijos no podían ser peores.

Concha se conformó con echarse á llorar.

En cuanto á Pedrito, pertenecía desde aquel momento á la guerrilla de don Jacobo.

Don Jacobo Baca se había trasformado completamente, el guerrillero había sustituído ya al pusilánime, al encogido don Jacobo: no se conocía á sí mismo.

Había salido del círculo social por la puerta de la inutilidad y la ignorancia instigado por la miseria, y se encontró de la noche á la mañana en el teatro del crímen.

Don Jacobo comenzó á ser criminal por miedo; después lo fué por necesidad y al último por hábito.





CAPÍTULO ÚLTIMO

En el cual sabrá el lector el paradero de sus conocidos, sin hacerse ilusiones para el porvenir

La ensalada, según Brillat Savarín debe tener las condiciones que desearíamos tuviera la nuestra; los italianos recomiendan la *ensalata ben salata;* por esto nos cabe duda acerca de la presente, porque la sal es uno de los artículos que al escritor suele escaseársele, mal que le pese.

Ojalá que muchos de nuestros benévolos lectores encuentren que esta ensalada tiene suficiente sal!

En cuanto á la pimienta, no tene-

mos la misma duda; porque la pimienta abunda en las costumbres actuales, y el pollo tiene por naturaleza si no mucha sal, al menos la pimienta suficiente.

Pero en lo que están contestes, en materia de ensaladas, autoridades competentes, es en que la ensalada debe revolverse á satisfacción; casi tanto como las elecciones ó como París.

Al llegar el autor al cumplimiento de esta prescripción, revolvió en efecto la ensalada, pero como esta operación es larga y puede cansar á los lectores, y además, en esta revolución las cosas se irían poniendo de mal en peor hasta el grado de presentar fases horripilantes, hemos preferido dejar el platillo en paz y ofrecerlo al lector, no sin dejarlo satisfecho en cuanto á la suerte de los personajes por quienes haya podido interesarse.

Por otra parte, la índole del género

de literatura que ensayamos nos obliga á no ser difusos, á escribir libros pequeños, según lo hemos ofrecido; y desde luego falta á nuestra pobre pluma el espacio necesario para retocar y acabar sus originales.

Pero cuando á la vez estamos ciertos que el lector, con todo y ser tan amable, no nos perdonaría la estravagante humorada de dejarlo en la mitad del camino, nos comprometemos desde luego á no privarlo, en lo de adelante, de sus buenos conocidos.

Seguiremos tras de Concha, paso á paso, hasta su calvario, seguiremos á los Píos; que no porque con el tiempo dejen de ser pollos, dejarán de ministrarnos materia, sabrosa de leer, en algunos capítulos, y llegaremos, en fin, por nuestra perseverancia y la de los lectores, á un término de cosas en el que, tal vez algunas y muy provechosas máximas se deduzcan.

Por lo pronto volvamos al general.

El general se había ocupado, hacía algunos días, de la aritmética, con más tesón de lo que ordinariamente conviene á un general.

El general discurría así:

—Concha es muy hermosa; pero mi lote de convento ha desaparecido. Una adjudicación ha absorbido á la otra. Item más, casi toda mi liquidación. Luego debo dejar á Concha y meterme á la bola. Es necesario habilitarse de nuevo; yo le escribiré esta noche á mi compadre y al gobernador de..... Resueltamente me equipo y me lanzo á la revolución, la tesorería flaquea ¡á la bola! Concha me ha derramado la bilis; ¡á la bola! La revolución ha tomado cuerpo; ¡á la bola! Corro riesgo de quedarme de coronel; ¡á la bola! Y lo que es en esta vez no he de ser zurdo; ¡á la bola!

Con esto y con que Casimira, oficiosamente, le contara al general los trapicheos de Concha con Pío Blanco y lo de Ixtacalco, el general puso su renuncia, que la misma Casimira se encargó, gustosa por supuesto, de presentar á Concha.

Después de lo cual, el general, ya libre como don Jacobo y como Pedrito y como otros muchos, se lanzó á la revolución.

En cuanto á Concha, mediante esa estúpida operación (reservada al ser que piensa) por medio de la cual el alma queda á medio vivir, la inteligencia á medio discurrir ó á discurrir al revés, la razón á medio perderse y el juicio perdido completamente; por medio de esta operación, decimos, Concha se entregó á un paréntesis que representaba otro descenso.

Concha se encontró sin Pedrito y

sin el general, y frente á frente de Pío Blanco, ó por mejor decir, en su poder.

Pío Blanco hubiera gritado *¡aleluya!* si el latin ó la misa le hubieran dejado siquiera ese recuerdo; pero su felicidad tuvo una expresión menos clásica y mucho más en analogía con sus costumbres.

Tan luego como tuvo conocimiento de la vacante, se dirigió á la vinatería de Huergo y se proveyó de ostiones y otras conservas alimenticias, compró Chartreux verde, licor de los Benedictinos, Aya Pana, Vermouth de Turino, agregó un jamón de Wetsfalia y un gran trozo de queso fermentado de Gruyere.

En seguida tómó en la casa de Escabasse cien pesos de perfumes, entre los que predominaban el Ilang-ilang, la violeta de los Alpes, y otros no menos esquisitos.

Todo esto era la suprema felicidad. Pollo alguno se vió jamás tocando esa dicha de sultan. Casi no tuvo tiempo de avisar y Pío Blanco se eclipsó.

Pío Prieto siguió siendo la orquídea de Pío Blanco, como lo había sido de Arturo; se encargaba de la jubilación y la cesantía de las prendas de ropa de Pío, y de contraer deudas á su sombra.

Dejemos que estos pollos se pongan roncos, con la precocidad usual de estos tiempos, y el lector los encontrará más tarde, en su segundo y no menos edificante periodo.

Doña Lola y don José seguían bien, en su inalterable amistad, esperando la vuelta de don Jacobo y de Pedrito, con la misma tranquilidad con que nosotros esperamos muchas cosas que no han de llegar.

Casimira llegó á conseguir su obje-

to, pues nadie conocía en México á Concha por otro nombre que con el de *Concha la sacristana.*

Este triunfo fué el más preciado galardón para la bizca.

Rafael y Pepe, arruinados y huérfanos, concibieron un ódio á muerte á los restos de la guerrilla de Capistrán, especialmente Rafael, que juró, por su amor, la muerte de todos los que tomaron parte en su desgracia.

A Sara y á Ernestina las veremos más tarde desempeñando el interesante papel de mamás, que no habrá más que pedir.

¿En dónde están los séres virtuosos, las almas puras, los jóvenes sin tacha, los modelos, en fin, que se deben imitar? ¿Será posible que ya no exista nada de eso? ¿Esta es la sociedad? ¿Así son todos? ¿Adónde vamos á parar? ¿En qué época vivimos? ¿Y el amor, y

la fé y las virtudes todas adónde se han refugiado? ¿Qué realismo es este tan espantoso?—¡Protesto!—Yo tambien!—¡Facundo se equivoca! lo vé todo negro! Exigencia! imaginación! mentira!....

Consolaos, si podeis; estais en vuestro perfecto derecho: por nuestra parte creemos no haber pecado contra la exactitud histórica, sino en el sentido de haber guardado silencio acerca de más cosas que sabemos todos.

Nuestros personajes están á la vista del lector; ahí por esas calles de Dios, en todas partes; fijaos bien y los reconocereis.—¡Sobre que no hemos hecho más que copiarlos! y no así como quiera, sino por su turno riguroso, sin elegir, sin preferir á nadie.—¿Qué en dónde están las almas puras? los séres virtuosos?—Qué quereis! los demás se interponen y nos los ocultan, procura-

rémos hallarlos, atizarémos nuestra linterna y buscarémos con afan incansable; y en prenda de nuestro buen deseo os empeñamos nuestra palabra, lector amigo, de indemnizaros con usura de vuestro desencanto, tan luego como en este dédalo de pollos encontremos un tipo, ya no del bello ideal, sino siquiera presentable.

A este fin, Facundo levantará el foco de su linterna desde la casa de doña Lola, desde la hojalatería de don Pío-quinto Prieto, hasta esos palacios dorados que encierran altas y poderosísimas damas y encopetados negociantes. Tal vez allí tendrémos un modelo, un tipo digno, noble grande y capaz de exaltar nuestro entusiasmo.

Perdonadnos, entretanto, si esta ensalada no sigue revolviéndose, y la damos tan pronto por suficientemente condimentada; pero si en este pequeño

libro habeis podido hallar, mezclado al sabor de nuestra charla, algo que haya hablado á vuestra alma; si al leer habeis pensado en vuestros hijos; si os habeis detenido un momento á contemplar la situación moral del mundo, os afirmamos que esta suspensión contemplativa no será estéril en resultados, y acaso veais más claro el porvenir á la débil luz de la LINTERNA MÁGICA.



ÍNDICE